Colección

TEXTOS PARALELOS

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar

GERMAN LEOPOLDO GARCIA: **SABER DE**

LA GRADIVA EN FREUD

WILHELM JENSEN: **GRADIVA**

EDICIONES NOÉ

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar

© 1974, Ediciones NOE. Buenos Aires
Hecho el depósito de Ley.
Impreso en la Argentina. - Printed in Argentina.

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar

GERMAN LEOPOLDO GARCIA: **SABER DE**

LA GRADIVA EN FREUD

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar

a Ricardo Malfé

a Oscar Masotta

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar

La verdad histórica es aquí una cosa secundaria, un ejemplo inventado serviría también; pero el histórico tiene siempre la ventaja de acercar el pensamiento a la vida práctica.

V. C. Clausewitz

No podían aceptar que ese Yo, que en última instancia era el sucesor de la antigua Razón, fuese también un personaje de la fantasía, un objeto imaginario, espejo de espejismos, tanto agente de la locura como de la razón. Por otra parte, no todos se han convencido aún de esto.

O. Mannoni

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar

El delirio y los sueños en la Gradiva de Jensen [1], publicado por Freud en 1907, es el producto de una táctica: afirmar, mediante un análisis específico, la **determinación** inconsciente de cualquier efecto de sentido: "Me gustaría hablarle también de la falta de interés y comprensión demostrada por mis amigos más íntimos —escribe ese año a Jung—, de mis períodos de ansiedad, durante los cuales llegué a creer que me había equivocado, preguntándome cómo podría enderezar aún, pensando en mi familia, una vida frustrada; de la certidumbre cada vez mayor que se aferraba a la interpretación de los sueños, como si ésta fuese una roca en medio de un mar tormentoso..." [2]. También le cuenta que Jensen le ha escrito refiriéndole que la idea de la novela se le ocurrió súbitamente, que sólo conoce una reproducción del bajorrelieve al que llamó Gradiva y que se siente elogiado por la capacidad poética que Freud le adjudica: "Todo esto sugiere que un análisis continuado conduciría, remontando el curso de su infancia, a sus propias experiencias eróticas más íntimas. Así, y una vez más, toda esta cuestión no es sino una fantasía egocéntrica" [2].

En 1914 la "fantasía egocéntrica" tendrá nombre propio: se trata del narcisismo. En el análisis de **La Gradiva**, Freud pareciera estar de acuerdo con la "cura por amor" que el autor propone, pero en la introducción al narcisismo se descubre el obstáculo: "En la neurosis, el Yo, incapaz de realizar su ideal, quiere encontrar una posición narcista eligiendo un objeto dotado de la excelencia que no ha podido alcanzar. Es ésta la curación por amor (...)

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar

su incapacidad de amar, resultado de sus represiones, es naturalmente un obstáculo para una curación de este tipo" [3]. La exaltación del amor es, entonces, imposibilidad de amar y deseo de ser amado. Norberto, el personaje de **Gradiva**, cumple el deseo de ser curado por amor, mientras que para Freud —en el trabajo que le dedica— se trata de cumplir otro deseo: transformar al psicoanálisis en interlocutor de toda la cultura. Los poetas, las tradiciones populares, los antiguos... ¡y el psicoanálisis! —nos dice— han sabido encontrar un sentido en los sueños e incluso "cierta relación de los sueños con el futuro, pues al término de una penosa labor interpretativa se mostró al sueño como un **deseo** del sujeto, que el fenómeno onírico le presenta **cumplido**, y nadie puede negar que los deseos humanos se orientan predominantemente hacia el futuro" [1]. El destino es un deseo que se cumple, la marca de adversidad que lo caracteriza, delata al superyó como heredado de Edipo, fundando su poder en la culpabilidad.

El "poeta" —concepto artificial, dice Freud— y las tradiciones irán perdiendo su estatuto de conocimiento, para recuperar un **valor** de verdad. Al deslizarse del sueño a la fantasía (luego a la literatura y la mitología) propone a la cultura misma —también al psicoanálisis, pero lo **sabe**— como el cumplimiento de un deseo. Se trata siempre de búsqueda de identidades de percepción y pensamiento, determinadas por las huellas mnémicas que, a su vez, son transformadas en representaciones por los procesos de condensación y desplazamiento. La historia misma es un recuerdo encubridor que sólo se diferencia de la mitología por el cuidado que pone en encontrar las huellas de algunos "referentes" en sus grandes elaboraciones. La evidencia maciza y exterior de la realidad se transforma en un **principio:** sobre el apoyo mortal de la ananké el deseo es sólo su estructura como deseo, es decir, esa máquina deseante que llamamos cultura; "lo que en el mundo exterior nos hallamos acostumbrados

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar

a calificar de casualidad, demuestra hallarse compuesto de múltiples leyes, y también lo que en el mundo psíquico denominamos arbitrariedad, reposa sobre estrictas normas que, por ahora, sólo oscuramente sospechamos"[1]. **Lo que me gusta de la realidad soy yo, lo que no me gusta —incluso de mis deseos— es ella:** momento transitivo, especular, que funda la agresividad. La "videncia" que Freud atribuye a los poetas conduce al interrogante sobre las operaciones que permiten la transcripción de ciertos **procesos primarios** en un lenguaje que, sin embargo, mantiene su fundamento intersubjetivo cumpliendo con **leyes** (estéticas). El poeta tiene algo que **oponerse** permitiendo cierta elaboración (secundaria).

Schereber y el psicoanálisis, según Freud[4], dicen lo mismo: la diferencia consiste en que el psicoanálisis puede ser el soporte de un discurso y Schereber se vio condenado a soportar sus voces y alucinaciones. La proyección de los sistemas endopsíquicos en el universo de la comunicación social, viene a plantear el problema del conocimiento paranoico, tendido desde una posición homosexual hacia un diálogo del sujeto con el otro según una gramática precisa: Yo un hombre, lo amo a él, un hombre / No lo amo, lo odio / No lo odio, es él quien me odia / No es a él a quien amo, es a ella / es ella quien me ama / No soy yo quien ama a un hombre, es ella / No amo a nadie. Los efectos sucesivos de estas operaciones serán el delirio de persecusión, la erotomanía, los celos, la megalomanía[5].

Nada de esto plantea Freud en la **Gradiva,** aunque Zoé muestra la vertiente erotomaníaca de su "cura", cuando traduce cada elemento del delirio en un signo de amor. El propósito de Freud es aliarse con este "conocimiento" para marcar la **determinación** de una sabiduría que usa al autor: el lenguaje puro del arte mostrará su impureza libidinal. No hay dos textos, sino dos maneras de leer un texto que surge como el efecto de una transacción.

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar

Allí donde Jensen, por los procedimientos retóricos de la alegoría encuentra un efecto de profundidad, Freud mostrará la inexorable determinación de las superficies del texto, precindiendo del autor y de sus "ideas".

1. El psicoanálisis dice que el novelista sabe.
2. Esto significa que el psicoanálisis sabe **eso**.
3. Entonces el novelista no sabe, sólo **reconoce**.
4. La ilusión del saber artístico es la verdad que permite al psicoanálisis saber sobre esa ilusión.

El personaje, máscara del ideal del yo, cumple con un deseo de **aparecer** (inspiración) en la trama de la cultura: para el autor este deseo se hace ley mediante una transformación del nombre, accediendo por lo mismo a un Padre Muerto [6].

La Gradiva sirve al propósito de Freud por múltiples motivos:

1. Puede verificar su sistema en un análisis específico, sacando conclusiones generales sobre la literatura.
2. Ese texto "tematiza" un delirio y su cura por el amor.
3. El delirio, en su surgimiento y desarrollo, está puntead**o** por sueños.
4. El personaje central mantiene una relación donde alguien (Zoé) funciona **como** psicoanalista.
5. El delirio concluye cuando el personaje puede **reconocer** el afecto reprimido.
6. El autor, en fin, parece ignorar **todo** el psicoanálisis y deber su "fantasía" sólo a la inspiración.

Postulada la determinación, Freud se propone explicar la génesis del delirio: lo reprimido que no puede surgir como **recuerdo** se transforma en delirio —según las leyes de la condensación y el desplazamiento que le permiten eludir la censura— cuando un influjo exterior le devuelve su poder: "Aquello que es elegido como medio por la

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar

represión se constituye luego en aportador de lo que retorna." Lo reprimido retorna en el elemento represor: el bajorrelieve con el andar de Zoé —elemento arqueológico que sirvió para reprimir el deseo en tanto objeto de una "ciencia"— provoca el retorno de lo reprimido. El bajorrelieve, parte de la arqueología, se transforma en el eslabón que desarticulará toda la cadena de los elementos "conscientes".

O. Mannoni [5] ve en el estudio sobre **La Gradiva** una elegante exposición de los conocimientos psicoanalíticos realizados hasta la fecha (1907), mientras que Pontalis [7] considera que Freud produce cierta regresión teórica en relación a la concepción del inconsciente que surge de **La interpretación de los sueños, Psicopatología de la vida cotidiana** y **El chiste y su relación con el inconsciente.** La solución Gradiva tomaría lo reprimido como coextensivo de lo vivido, la idea de que lo rechazado aparece en el elemento mismo que se esfuerza por ocultarlo, haría de la pulsión una fuerza simétrica a la defensa. Lo manifiesto en el delirio —dice Pontalis— lejos de ser la inversión del sentido reprimido, aparece como sinsentido. Pontalis se propone subrayar —apelando a la lectura que Lacan hace de Freud— la autonomía radical de la cadena significante.

Sin embargo Freud, en forma implícita, desmonta en el análisis de los sueños de Norberto mecanismos de condensación y desplazamiento. El inconsciente que describe tiene algo "fenomenológico" porque la aplicación del análisis a un material que no habla, da a la interpretación un sentido "alegorizante". La observación de Pontalis permite inferir otra cosa: la identificación de Freud con el "círculo de representaciones" propuesto por Jensen, al punto de negarse a descomponer (analizar) al personaje, con el pretexto de criticar el esquematismo de la nosografía oficial: describe entonces un inconsciente metonímico —en posición preconsciente— que vacila en realizar

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar

esa operación de sustitución que le permitiría articular la metáfora de la **otra escena.**

La otra escena estaba para Freud en la escena misma del texto: era el espacio Pompeya como su temática de mitología grecorromana, opuesto a la Alemania actual donde se sitúa la vida "real" de los personajes (y en este sentido la crítica de Pontalis recupera su valor). La metáfora siempre fue usada por Freud: pero el inconsciente no era una cultura antigua opuesta a una moderna, sino una cultura antigua debajo de otra antigua. ¿Cómo articular el inconsciente de la **Interpretación de los sueños** sin la asociación libre y esa última palabra del otro que capta para la verdad la conjetura que se le comunica?

La asociación libre podría ser sustituida por la intertextualidad: Freud sugiere la necesidad de una investigación "estructural" de sueños de distintos "poetas", ya que la unidad del poeta es un concepto artificial. Contra su propia observación emprende el análisis de **La Gradiva.** La relación en espejo Pompeya/Alemania que no vacila en tomar como una "proyección" de la relación entre el inconsciente y la conciencia, reproduce la propia relación en espejo del psicoanálisis con la sociedad en un momento específico de desesperanza, efecto de una incomprensión general [2]. Filogénesis/ontogénesis. Si Pompeya es a la historia lo que el inconsciente al sujeto, lo reprimido puede ser "puntual" con una escena real, según el modelo del déjà-vu: ya estuve en Pompeya significa que ese espacio "interpreta" un deseo en que el sujeto —de ahí el delirio— no puede reconocerse. La equivalencia puntual de un lugar real como **representante** de una pulsión que retorna, propone un **grado cero de realidad** que problematiza aun más su **principio.**

En el déjà-vu desconocer un deseo permite **re**conocer un lugar: lo expulsado retorna en lo **real,** la **realidad** se hace **representante** del deseo inconsciente.

Esta problemática no es indiferente a la función del

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar

análisis: "...los psicoanalistas —escribe Lacan— forman parte del concepto de inconsciente, puesto que constituyen sus destinatarios (...) el sujeto mismo del candidato a sostener esta presencia, el analista, debe ser, de acuerdo con esta hipótesis y, por su mismo movimiento, informado e 'impugnado', es decir, sentirse sujeto a la escisión del significante". El **referente** —en el sentido lingüístico—, incluyendo al analista en la transferencia, se constituye como el soporte de una imposibilidad del **saber** en relación al **deseo.**

"La característica de lo reprimido —escribe Freud [1]— es que no puede lograr abrirse paso a la conciencia a pesar de su intensidad." Las representaciones se reprimen para evitar la carga que está ligada a ellas. Pero entonces sobreviene la angustia (basta pensar la fobia) y en el más absoluto desamparo, los ensueños, desilusiones, alucinaciones y delirios producirán el retorno de lo reprimido que se manifiesta hasta en el extremo pánico de "lo siniestro".

Las excitaciones que Norberto recibió de la presencia de Zoé en su infancia, lo llevarían a reprimir todo lo que relaciona con ella, para evitar el retorno de las mismas. La censura produce entonces "sustituciones y ramificaciones de recuerdos reprimidos a los que la resistencia impide llegar intactos a la conciencia, pero que consiguen abrirse paso hasta ella eludiendo la censura por medio de modificaciones que los hacen irreconocibles. Una vez que se ha realizado la transacción, los recuerdos se convierten en fantasías que serán interpretadas erróneamente por el sujeto, dejándose llevar por la corriente psíquica dominante" [1]. El delirio no es —como dicen algunos analistas— una "interpretación" equivocada de lo reprimido. Es el "yo" quien no puede reconocerse en esa "parte" que irrumpe en la conciencia, en tanto efecto **sobredeterminado** de una red de fantasías en las que se escenifica el deseo.

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar

Fraud no explica porqué la excitación por Zoé debió ser reprimida con tanta fuerza, ni porqué retorna en la arqueología —herencia del padre, también arqueólogo— mediante uno de sus elementos (el bajorrelieve). Se produce una transacción donde la ciencia (arqueológica) se pone al servicio del delirio. "Una transacción satisface en parte a cada uno de los contendientes, pero cada uno debe renunciar a una parte de lo que deseaba conseguir." Doble satisfacción, pero también doble insatisfacción que desencadenará nuevas transacciones. El último derivado de la pulsión, la "mosca" que se confunde con Zoé, queda ensecretado por el análisis de Freud.

Enigma aludido y eludido, al igual que la función del padre. Freud habla de la sexualidad como una **deuda** que se instituye desde el nacimiento. El sujeto debe una vida que, por decir así, paga dos veces: con la **reproducción** y con la **muerte.** Años después **El hombre de las Ratas** [8] le permitirá comprender la relación entre la deuda y la función del padre, pero en 1907 —por identificación— la deuda pasa de la novela al estudio de Freud, de una manera intersticial, clandestina y "poética".

Zoé vive en la ciudad de Norberto. **Delirio:** Norberto vive en la ciudad de Zoé —Pompeya—, convertida en Gradiva por el enlace del retorno de lo reprimido con el bajorrelieve. Pero el delirio del personaje es una escenificación histérica del autor. No hay "realmente" psicosis en el relato de una psicosis realizada según ciertas reglas —por precarias que sean— estilísticas y estéticas: la **Memoria** de Schereber **es** (**y no es**) su locura. Si alguien nace —dice Schereber— debe ocupar algún lugar. Si alguien narra —hay que decir— debe ser el **soporte** de un discurso, aunque refiera lo que ha debido **soportar.**

Freud interpreta que el sueño donde una largatija es raptada por un pájaro refiere a la caza del hombre por la mujer. **En el sueño Zoé dice:** "Estate quieto un momento. Mi colega tiene razón. Este medio es realmente

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar

eficaz y ella lo ha empleado con éxito." **Resto diurno:** "El medio que mi colega Eimer ha inventado para cazarlas es excelente. Yo lo he empleado ya varias veces con éxito satisfactorio. Estése usted quieto un momento" —dice el padre de Zoé, a quien Norberto no reconoce. ¿Cómo se explica esta sustitución del padre por la hija? Reconocimiento inconsciente del vínculo entre ambos, dice Freud.

Pero en el régimen del texto las lagartijas cumplen otra función: 1. Zoé dice que su padre la cambió a ella por lagartijas. 2. Zoé desaparece con la flexibilidad de una lagartija. 3. Zoé propone que Norberto ensaye en su dedo (lagartija) para aprender a cazar como su padre. 4. La huída de una lagartija permite comprender que Zoé está viva, etc. Norberto es, en realidad, una lagartija "cazada": su posición en la escena del sueño es femenina.

Se trata de un personaje "pasivo y masoquista" —según el mismo Freud que, sin decirlo, se niega a sacar las conclusiones pertinentes. La intrincación de los fines pasivos y activos es compleja: el lazo (femenino) caza a las lagartijas (fálicas), pero ellas se dejan cazar (pasivas) por un lazo (activo).

Norberto queda identificado entonces con lagartijas que para el padre de Zoé sustituyen por igual a su hija y a a su mujer (muerta), en tanto es la pasión que lo absorbe. Que el padre las coleccione (¡tantas encontrará como veces fue negada la castración![11]) y que tengan un evidente carácter fálico no arregla demasiado las cosas. ¿La condenación del padre y la hija, reunidos en un discurso, no permite inferir otras determinaciones? La femenidad es lo reprimido: tanto la madre de Zoé como la de Norberto están muertas y nada se sabe de ellas, mientras que Zoé misma será transformada en Gradiva —una mujer de sustancia inmaterial, sepultada por la lava ardiente del Vesubio.

La verdad del delirio —dirá Freud— se revela en la convicción que, aunque sus elementos no puedan ser re-

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar

conocidos, hace que el sujeto les preste una absoluta fe: se trata de la doble determinación de los síntomas, en tanto las palabras son —como ellos— transacciones entre lo consciente y lo inconsciente.

Por momentos Freud olvida las "ramificaciones" (desplazamientos) y las "sustituciones" (condensación) para establecer cierta equivalencia entre la función de los procesos primarios y lo que puede describirse como "transacción": por el lado de la transacción nos encontramos con la satisfacción (sustitutiva) del delirio y por el lado de la condensación y el desplazamiento con la insatisfacción que determina el proceso delirante. Las transacciones, tal como las tematiza el delirio, serían el efecto consciente de las determinaciones inconscientes: por el delirio Norberto puede realizar su deseo de agresión sexual (golpear a Gradiva para ahuyentar una mosca, posada sobre su mano).

Freud sitúa entonces la investigación sexual[9] en la adolescencia y no en la infancia como lo hará después: "La constitución física de Zoé, que lo persigue durante todo el día, no puede negar su procedencia de la curiosidad erótica del adolescente por el cuerpo femenino" [11]. Esta curiosidad erótica remitirá —en su elaboración posterior por la teoría— al momento en que la premisa del falo se estrella contra la evidencia de la diferencia sexual anatómica [10]. Tres "protofantasías" surgirán como respuesta: **escena originaria, castración, seducción.**

La escena originaria aparece descripta en el segundo sueño: "...la ciudad sepultada. Poco a poco se iba convirtiendo en una cama con blancas sábanas iluminada por el sol...", cosa que ocurre después de soñar con una pareja que había escuchado a través de la pared y que en el sueño aparecen transformados en Apolo que lleva en brazos a Venus hacia un lugar oscuro, justo en el momento de la erupción del Vesubio. Luego sentirá celos porque pensará que esta escena representa a Zoé y su amante, en la otra vida.

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar

Viendo las parejas: "volvió a recordar al canario en su prisión ya que también él estaba en una jaula y contra los barrotes se apretujaban los rostros de las jóvenes parejas, maravillados y totalmente faltos de expresión..."

Pompeya se transformará en la cama donde una pareja —que se multiplica— realiza algo incomprensible para el "pájaro enjaulado": "No comprendía por qué las mujeres habían elegido a esos hombres, pero más incomprensible todavía le parecía que esos hombres hubiesen elegido a esas mujeres". Eclipsado por la escena y por la relación entre los diferentes participantes, Norberto no acierta a identificarse con ninguno de ellos: necesitaría ser hombre para saber qué quieren las mujeres y mujer para saber qué quieren los hombres. Sólo es amante de la arqueología... en cuanto a Jensen, escribe entre los dos sexos su "fantasía".

Zoé, por su parte, sabe que Norberto es un hombre de bien —"un loro embalsamado"— al que puede "curar" porque comprende que todo deriva del amor por ella. Por eso le hará llegar "desde el exterior" los recuerdos que él reprime, ayudándole a reconocer el amor que siente: lleva Alemania a Pompeya, para hacerle comprender que esta última ciudad es sólo la transformación de la primera.

Pero el tratamiento fracasaría —dice Freud— si ella no se apoyara en la certeza de que esos deseos se dirigen a su persona. Esto le permite evitar la interpretación final, satisfacer la demanda y capitalizar la transferencia: **puedo curarte porque tú me amas, pero no puedo curarte de este amor.** La resistencia y la transferencia es al analista, lo que la realidad y el amor es a Zoé. Sabemos cuál es el deseo de Zoé, pero no sabemos cuál es el deseo del analista —cuya función Freud identifica con la que Zoé realiza— ¿se trata de un deseo erotomaníaco que interpreta todos los signos como... **tú me amas**? Vertiente abierta por un estilo analítico que fuerza la

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar

interpretación hacia la alegoría para probarse el axioma de que siempre "aquí y ahora" y entre (nosotros) dos con empatía y buena voluntad.

Cuando Zoé dice el nombre de Norberto --y el nombre tiene poderes que pueden despertar a un sonámbulo, dice Freud-- se produce un efecto de reconocimiento: ese llamado desde el más allá del otro, vela aun más el misterio de su carne. **¿De qué sustancia corporal es Gradiva?** Comprobar que el cuerpo de Zoé está vivo le espanta tanto a Norberto como descubrir que está muerto.

La pulsión de saber.

Freud analiza los sueños, expone reglas para su interpretación, prueba la determinación y calla con el autor, al que alaba.

Nada nos dice sobre las moscas del deseo rechazado que se transforman en la condición de una promesa de goce: al final Zoé deberá soportar, en un desdoblamiento, el significante del delirio (Gradiva), el de la restitución (Rediviva) y su propio nombre.

Para Norberto la castración no deviene, mediante la sublimación, línea de pensamiento; su ilusión de saber naufraga en la verdad de la ilusión: "No sólo ha huido de él toda su ciencia, sino que no tenía el menor deseo de volverla a encontrar, pues su recuerdo de ella era lejanísimo, como pudiera ser el de esas viejas parientas momificadas y tediosas, a las que se considera como los seres más inútiles y coriáceos de la tierra".

En esta represión intelectual hay una represión sexual, es decir, el fracaso de una investigación sobre las determinaciones del deseo. Por eso, pareciera que el pasaje de la arqueología (padre muerto) a la zoología (pa-

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar

dre vivo) es el efecto de una restitución imaginaria —ideológica para el autor— y no de una "cura".

¿Está Freud demasiado preocupado por reafirmar su saber, para escuchar el "fracaso" del saber del personaje que estudia: "Jung le había regalado la novela de Jensen y Freud escribe su análisis, elegantemente, en honor de la naciente amistad" [5].

Quizá las determinaciones de este "homenaje" hicieron que Freud eludiese, contra su propia afirmación de la importancia de cada detalle del texto, la consulta inicial que el personaje hace a un amigo que **supone** que sabe: "Hasta aprovechó cierta vez la visita de un anatomista amigo suyo para plantearle la cuestión, pero éste tampoco fue capaz de resolverla en forma definitiva, porque jamás había hecho observaciones de esa naturaleza." Se trata de la peculiar manera de caminar de Zoé. Los dos amigos intentan, incluso, caminar como ella: "Repetida la experiencia su amigo llegó al mismo resultado, pero agregó que acaso el paso femenino fuera diferente del masculino..." El fracaso de este garante de un saber sobre los cuerpos lo lanzará al voyerismo: "Su deseo de conocer le inspiraba tal ardor científico, que se entregó a esta especial observación (...) los vestidos largos ocultaban por completo el paso (...) las únicas que llevaban faldas cortas eran las criadas, y debido al tosco calzado que casi todas usaban no podía tomárselas en cuenta para la solución del problema..."

El problema: un objeto, el bajorrelieve, aparece en el lugar de una falta. Un detalle del objeto —el pie— es percibido como **equivalente** específico de esa carencia. El retorno de la investigación sexual por una vertiente fetichista excluye a las criadas, puesto que incluir es problematizar la **entereza** de un objeto "parcial", pero unificado en el rasgo de la equivalencia [10].

Norberto tiene la fantasía de que Zoé pudo haber tomado agua de un surtidor público y la rechaza pen-

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar

sando que "hay algo degradante en la idea de que hubiera podido inclinarse para tomar agua de la fuente donde tomaba el populacho."

La conexión entre la pulsión visual y la boca puede detectarse en ciertas equivalencias producidas por el texto: Vesubio (volcán-vino); Moscas (parejas-miel); Hoyuela (mosca-boca). El vino que hace delirar se llama como el volcán cuya lava ardiente sepultó a Pompeya en "un sueño de muerte", el personaje tiene que tragarse "gota a gota" la miel que segregan las parejas y atraen a las moscas. Un hoyuelo confundido con una mosca permitirá pasar a la boca (beso) diciendo que la "mosca" se ha corrido de lugar.

El interés por el bajorrelieve, que se transforma en un interés por el pie, termina en una investigación sobre los **dedos** (fragmentación y multiplicación de las partes): Norberto quisiera saber qué marca han dejado los **dedos** del pie de Zoé sobre la ceniza de Pompeya. Un novio alaba el **dedo** de su amada, Zoé le propone que practique con un lazo en su dedo, así aprende a cazar lagartijas como su propio padre. Pie:dedos:lagartija:moscas/lava:vino:miel:agua [18].

El desvío de la mirada está dirigido por un deseo: no ver a Zoé inclinada sobre la fuente, tapar su boca, encontrar el falo en el lugar de la carencia.

En las criadas la castración se anuncia para negarse: el deseo de degradar a la amada es correlativo de su exaltación. Sin el fetiche la castración transformaría a Zoé en alguien que desea (el falo), lo que "resulta una idea degradante", especialmente si se trata de tragar —agachada— de un gollete público. Ella no puede querer eso que es: "La existencia de la cavidad que acoge al pene permanece, pues, ignorada por el niño, y el fracaso de sus meditaciones le hace cesar en ellas y olvidarlas más tarde" [9]. Se comprende que Zoé pueda "curarlo" allí donde su amigo fracasa, pero ocurre que

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar

en realidad le ayuda a reprimir la pregunta que habla en el delirio: "Gradiva Rediviva Zoé Bertgang, seguida por la mirada soñadora de su enamorado, cruzó la calle, con aquel su dulce paso sereno..." —es la última frase de la novela. ¿Quién rasgará el velo de esa mirada soñadora y envolvente?

Norberto quedará captado por quien es capaz de asegurarle que podrá tragar todas las moscas que, en su multiplicación, vengan a plantearle el enigma que hace que su deseo —abismado en la muerte— sea **velado** por la locura cada vez que intenta afrontar su libertad.

Siempre es lo mismo —dice Freud, con amargura— se trata de un delirio egocéntrico. **Celadas** del narcisismo en las que él mismo será capturado, como lo muestra una carta a Martha (24/9/1907): "Imagínate mi alegría cuando, después de haber estado tanto tiempo solo, pude contemplar hoy en el Vaticano un rostro querido y familiar. La alegría fue unilateral, sin embargo, pues a quien vi fue a **Gradiva** allá arriba en el muro" [2].

Frente a la incomprensión "oficial" Freud, aliado con la cultura, va produciendo la demarcación que transformará la psicología en el lado de la sombra. El deseo de hacer reconocer esa **otra escena** se cumple: en 1907 se realizan sus primeros contactos importantes con el exterior. Jung será el mediador, pero al igual que el amigo de Norberto, no sabrá responder en el momento decisivo.

Pero en tanto el psicoanálisis se plantea la relación del saber con el inconsciente, descubre por la determinación de la **transferencia** de que el sujeto siempre lo espera de quien no puede darlo. Freud lo espera de Jensen —"del poeta"— como Norberto del anatomista. La pulsión de saber es la transformación de esa espera que vuelve en forma invertida. La ciencia, dirá Freud, es la más completa renuncia al placer. Pero en el deseo de saber se cumple cierta **condición:** la curiosidad cien-

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar

tifica se satisface anunciando su renuncia. Pocos años después, la preocupación por el saber llevará al descubrimiento de la investigación sexual infantil —cuya premisa (del falo), es su fracaso— haciendo del psicoanálisis la re/reflexión —mediada por la condición de la teoría— de la cultura sobre el fundamento deseante de su constitución.

La teoría psicoanalítica es la metáfora de la prohibición: "El poeta no necesita **saber** nada de tales **reglas**, de manera que puede negarlas de buena fe, sin que por esto hayamos nosotros encontrado en su obra nada que en la misma no exista." Mediante la negación [12] podríamos decir: "sin que por esto hayamos encontrado en sus obras nada que en la misma exista". ¿Cómo separar a la teoría —saber de las reglas— de las reglas que sabe? Una experiencia **única** —dirá O. Mannoni— se vuelve **original** porque se repite. La cultura deseante, también el psicoanálisis, insiste en una repetición **por** la diferencia: "En cuanto un hombre comienza a formularse preguntas sobre el significado y el valor de la vida —escribirá Freud a L. A. Salomé— está ya enfermo, puesto que ni uno ni otro existen" [2].

Pero los efectos de valores y de sentidos insisten, porque el oráculo es condición del lenguaje y la palabra la pronuncia otro, para que el Otro pueda anunciarse en ella. Freud (no) sabe lo que Jensen ignora [13] sino lo que puede saber que Jensen (no) sabía: "Lo que importa es que el espíritu humano, sin cuidarse de la identidad de sus mensajeros ocasionales —escribe Levi-Strauss— va manifestando aquí una estructura cada vez más inteligible a medida que siguen su curso doblemente reflexivo dos pensamientos que actúan uno sobre otro..." [13] ¿Jensen era otra "cultura"? Habría que decir que otra cultura —la determinante— operaba en Jensen esos efectos que le parecían **únicos** y que Freud supo describir como **originarios**. Si Freud se deja captar por los efectos

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar

deseantes del texto es porque la teoría —corte de diamante en el espejo— no ha podido separarla del todo, es decir, no ha realizado (en 1907) ese triunfo de la cultura sobre la naturaleza y también sobre los efectos imaginarios de los reconocimientos sociales.

Padre sol. Padre muerto.

Norberto: ¿En qué sol, por qué el sol?
Zoé: Se llama así, "Sol", a lo que crea estas cosas.

Jensen: **Gradiva.**

. . . decidir que la paternidad es más importante que la maternidad, pese a no ser demostrable, como esta última, por el testimonio de los sentidos.

Freud: **Moisés.**

Albergada por el sol —que en el régimen del texto se identifica con el padre—, envuelta en sus velos dorados, Zoé retorna desde lo reprimido. Freud, en su análisis, hablará del retorno "siniestro" de la hermana de una paciente por cuya muerte se sentía culpable. Por un instante confundió la paciente muerta con la hermana que lo visitaba. El retorno de Gradiva no es "siniestro" porque se ha podido operar una transferencia. En 1907 debía cumplirse el oráculo de la muerte de Freud, anunciado por Fliess. En torno a esta muerte, por el significante de esta muerte, surgen en la novela —y en el análisis de Freud— constantes alusiones. Se trata de un momento transitivo, donde los personajes se desdoblan.

Freud adjudica a Jensen "el haber descubierto en sí mismo", lo que en verdad él había descubierto de esa

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar

manera: Freud identifica a Zoé —se identifica tú— en la función del analista. Jung, que le regaló la novela, se desdobla en el personaje (médico) amigo cuyo saber fracasa y que Freud pasa por alto.

¿Quién es padre de quién? El poeta, que se cree padre de su obra, resulta ser en realidad el hijo, puesto que recibe un nombre de ella. Freud, padre del psicoanálisis, debe adjudicar su saber a los poetas, la tradición, las creencias populares.

Los muertos retornan para Norberto y también para Freud: pero el delirio en que cae el saber de Norberto, permitirá el saber del delirio que el psicoanálisis se propone. El padre se impone por todos lados: "Dicha noción —escribe en el **Moisés**, refiriéndose al Dios único— tiene carácter compulsivo: simplemente **debe** ser creída. En la medida en que alcanza su deformación, cabe designarla como **delirio**; en la medida en que alberga el retorno de lo reprimido, débese considerarla como verdad."

¿No es la pasión por Jung el retorno de lo reprimido "del otro yo" Fliess que se anuncia en la vehemente demanda que Freud manifiesta en sus cartas de ese año? Se trataría de un padre "caído" a una posición fraterna, es decir, captado en las redes narcisistas de la agresividad.

Norberto hereda de su padre la pasión por la arqueología y si bien queda soberano de sus actos cuando éste muere, se siente "enjaulado" por esta pasión al punto de identificarse con un pájaro, enjaulado en la ventana de Zoé. El pájaro parece operar la "transferencia" del padre a Zoé: en el sueño una lagartija (Norberto) es cazado por un gran pájaro. Zoé le confiesa haber pensado que él parecía, por una solemnidad, "el arqueopterido, que es el nombre de un fósil antidiluviano recién descubierto". ¿Pero este pájaro monstruoso, recién descubierto, no es el retorno del padre impuesto por el delirio?

Jensen no ahorra tópico para describir los "velos dorados" del sol, trabajando junto con su hijo (sic) —el

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar

viento— en la creación de un clima propicio a los misterios: "Ese joven eterno, el sol, que era su padre, lo ayudaba dando calor a su soplo." Este soplo ardoroso es la pasión que se apodera de Norberto. El primer sueño muestra el origen del "soplo ardiente": en él Norberto respira los "mortíferos vapores de azufre" de la erupción del Vesubio (que será también el vino espeso y ardiente), vapores que surgen en medio de la destrucción, "en un sombrío manto de humo". Norberto puede salvarse porque está envuelto en un velo que lo protege. En medio del desastre será captado por la "bella indiferencia" de Gradiva que se transforma en mármol recostada sobre unas gradas. Cuando se acerca a ella descubre que "los vapores del azufre la habían asfixiado". Un "velo de gasa ceniza" la cubre. El origen anal de estos azufres —la huida de las parejas—, la búsqueda del "Silencio y el Saber" y la temática obsesiva de la muerte y el "velo" permiten comprender a Freud cuando, refiriéndose al fetiche, nos dice que evita hacerse homosexual [19].

Los velos que separan a Gradiva de Norberto y a Norberto del mundo, de los objetos, surgen en ese ardiente mediodía sin sombra en que Gradiva —pero habría que decir con Jensen, **Mars Gradivus**— vuelve a la vida. "Un velo tan transparente como infranqueable —escribe Leclaire— parece separar al obsesivo del objeto de su deseo. Cualquiera sea el nombre con que lo llame —muro de aire, de algodón o de piedra— lo siente, según dice, como una **cáscara de vidrio** que lo aisla de la realidad. Pasará una noche junto a la que ama sin conseguir tomarla en sus brazos; más pesada que una roca, su mano no llegará a ceñir su cintura, sus labios habladores no alcanzarán los de ella; y si acaso llegara a tomarla de alguna manera, entonces el encanto se desvanecerá y su deseo pronto se extinguirá. Más impla-

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar

cable que un muro, lo que allí se interpone es en verdad un **sortilegio**" [15].

Ese vidrio, ese sortilegio, ese sol: el delirio de Norberto es "simbolista". "Nos vemos obligados a concluir —escribe Freud— que los sedimentos psíquicos de aquellos tiempos primordiales se convirtieron en una herencia que en cada nueva generación sólo precisa ser reanimada, pero no adquirida. Adoptamos tal conclusión teniendo presente el ejemplo del simbolismo, sin duda alguna innato, que data de la época en que se desarrolló el lenguaje, que es familiar a todos los niños sin necesidad de haber sido instruido al efecto, y que es uno y el mismo en todos los pueblos..." [18]. Pero también nos dice que no se trata de un "inconsciente colectivo". Siguiendo cierta línea de geometrización la vulva se transforma en flecha: **anticipación** de la mirada —en relación al lenguaje— y proyección del cuerpo en el grafismo. Los **relata** visuales del delirio, que se expanden hasta el sol que puede velar sin sombra, conducen a esa relación de mirada con la madre. Para Freud el nombre del padre "espiritualiza" al hombre y funda una **fe** sin la que sería imposible asignar "significados" a los significantes. Este nombre conduce al lenguaje, pero el simbolismo —visual— es translingüístico: la madre es **mirada** (por la cultura) como naturaleza, mientras el padre es **escuchado** desde el lenguaje. Cuando se quiere comprender el silencio en análisis se llega a la muerte, pero también a la fusión con la madre.

El padre sol idealizado es un padre erotizado y, por lo mismo, expulsado. Norberto ya no puede escucharlo (arqueología), sólo puede mirarlo en Gradiva.

Zoé, albergada por el sol, alberga el sol en el misterio de la sustancia de su carne: "El sol —escribe Joan Costa— ha simbolizado desde la prehistoria el poder ordenador del cosmos, la fuerza heroica y dirigente." El garante de este orden es el testigo de un fracaso: sol negro

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar

de un siglo que, extraviado en el lenguaje, transformó la mirada de una época (Rimbaud, Baudelaire, Lautréamont, pero también Artaud).

Un padre mirado como una madre, una madre fálica que se apodera de la palabra: el retorno del padre en ella (Zoé), renuncia a la palabra (arqueología) y captación por esa "mosca" que primero zumba en la cabeza de Norberto para ir a posarse-al fin-en el hoyuelo de Zoé. Y esa mosca le permitirá comprobar de qué sustancia está hecho el cuerpo de Zoé. Prudente, la novela termina, puesto que no sabría como seguir cuando el sortilegio se desvanece. Si la mosca se confunde con el cuerpo de Zoé, la mirada buscará un nuevo desvío: Norberto le pedirá, ya "curado", que camine como en el bajorrelieve, realizando el deseo de ser curado (cazado) por amor (como una lagartija) por una figura paterna que retorna en la imagen fálica que vela su mirada y encanta su "saber" con el silencio. "Es en la medida en que el padre simbólico y el padre imaginario quedan por lo general y fundamentalmente separados (...) que el sujeto entra en todas las relaciones imaginarias a través de las cuales él existe y en las que se manifiesta una especie de experiencia de la muerte" (Lacan [14]). Ese padre simbólico es el padre muerto que para Norberto se manifestará en la captación de una muerte (Pompeya) que le hace "invertir" el sentido de su vida.

Freud escribe en 1907 sobre los ritos religiosos y su relación con la neurosis obsesiva —ese mismo año califica de obsesivo y masoquista al personaje de Jensen— busca aliarse con los poetas (oficial y clandestino) para proseguir su investigación por otros medios: después de todo, sólo trata de reafirmar la existencia de la otra escena, única manera de fundar al padre en lo simbólico y terminar con el orden imaginario del padre idealizado que inventa la ley (ciencia oficial) para identificarse con ella y producir el fracaso de su función (Breuer

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar

[illegible] a **Anna O... Freud** —Freud cambia Berta por Anna, que será el nombre de su hija... analizada por él, contra sus propias reglas).

Freud se afirma **contra** la corriente dominante en Jensen: el personaje renuncia a la ciencia en nombre de la ilusión, Freud constituye la suya como análisis de esa misma ilusión. La relación "fraternal" con Jung tiene sus efectos: poeta frente a Jung, se hace científico para Jensen.

Muchas veces se ha dicho —aunque nadie sabe por qué— que era fácil analizar una novela "mala" por su falta de disfraz, de elaboración (estética) secundaria. Pero para Freud el problema se sitúa en otro lado: analizar el **autor** es dar por muerto al padre, transformarlo en **actor**, dejando al descubierto el teatro imaginario (personajes) que funcionan como soportes de su idealización. Jensen, que escribe en el momento cultural donde agoniza la alegoría, no puede inventar nada, imposibilidad que le servirá a Freud para fundar sus "invenciones". El fracaso de Jensen —del que es consciente, según su **Autobiografía**— lo conmueve y despierta, a su vez, su agresividad analítica. El quiere "triunfar allí donde fracasa el paranoico": "Sólo como pasado, como testimonio cumplido, como persecución de un deseo hasta su fin, se convierte el padre muerto en un símbolo, por haber sufrido, también él, la ley. De ellos, es decir, de su muerte y también de la nuestra, en la medida en que una implica la otra en una común necesidad, nuestro inconsciente no se hace cargo, pues a este nivel, nos dice Freud, estamos convencidos de nuestra inmortalidad. Para el neurótico, en cambio, la travesía del Edipo alimenta fantasías inconscientes de asesinato del padre, en una tentativa de asegurar la imagen del Padre Muerto, pero también con la carga de culpabilidad que se desprende de ello. Entre nuestras realizaciones culturales, el arte, antes que nada, exige una movilidad ejemplar

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar

en cuanto a la Ley; digamos más bien que sus reglas deben ser **inventadas** en cada oportunidad"[16].

El **autor**, al hacerse hijo de su obra, puede transformar en Padre muerto al padre idealizado: **El psicoanálisis es, en efecto, obra mía** —escribe Freud[17].

(Auto(bio)grafía: la palabra merece ser leída.)

Jensen "autor" es convertido en un "actor" por quien al desenmascararlo se transforma, a su vez, en "autor" del psicoanálisis. La apologética del poeta se niega a sí misma: el artista no sabe que lo sabe, su conocimiento es "paranoico", el texto es el espacio de una proyección endopsíquica. El apólogo de Jensen, es decir Freud, escribe: "He podido descubrir en una novelita de no mucho valor, **La Gradiva** de Jensen, que los sueños inventados por un escritor son susceptibles de las mismas interpretaciones que los sueños reales"[17]. Voluntad de poder —que no hay que confundir con ejercicio de poder— que se articula en la Ley (teoría) para vencer allí donde el poeta quisiera hacer lo mismo sin otra ley que la de su fantasía. Pero Freud, que calificaba de "estudio psiquiátrico" a la Gradiva, termina escribiendo la "novela histórica" de **Moisés**, donde podemos leer: "Surgido de una religión del Padre, el cristianismo se convirtió en una religión del hijo. No pudo eludir, pues, el aciago destino de tener que matar al Padre." Este padre muerto-soporte de la ley que lo soporta, como en la parábola de Kafka— es la condición del acceso del sujeto a la cultura, la entrada de la ley en lo real. Para el personaje de Jensen Zoé será Mars Gradivus, en el eterno retorno de un crimen imposible.

La Gradiva: bricolage simbolista

"La **Silvia** de Nerval ya nos introducía en este teatro, y la **Gradiva**, tan cercana a una inspiración nervaliana

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar

—escribe Deleuze—, nos muestra el protagonista que vive a la vez la repetición como tal, y lo que se repite como siempre disfrazado en la repetición. En el análisis de la obsesión, la aparición del tema de la muerte coincide con el momento que el obsesionado dispone de todos los personajes del drama, y los reúne en una repetición cuyo 'ceremonial' es sólo el envoltorio exterior. En todo lugar está la máscara, el travesti, lo vestido, la verdad de lo desnudo. La máscara es el verdadero sujeto de la repetición" [28].

Repetición:muerte:máscara. ¿De qué otra manera el significante muerte podría representarse, sino en la máscara que la repetición realiza? Lo que está en juego, siempre, es la muerte del otro —la castración propia—: la muerte funda la inmortalidad, la spaltung del cuerpo corruptible —exterior como el significante— y el alma eterna —interior como el logos—. Eros no puede ser "vivido más que en la repetición, mientras que Tanatos (como principio trascendental) es el que proporciona la repetición a Eros, lo que somete a Eros a la repetición" [29]. En el teatro de la **transferencia** la escena irá constituyendo ese juego donde el deseo de muerte y la muerte del deseo conducirán la danza de las identificaciones, baile de máscaras determinado por la **falta** de ser.

El impacto del movimiento simbolista muestra la irrupción de estas máscaras de la repetición: Verlaine, Mallarmé, Rimbaud. El Dadaismo y el Cubismo estilizan su herencia, muestran a la vez los límites: Claudel y Valéry pueden llamarse herederos de Mallarmé y Rimbaud.

Freud escribió en esa **constelación** simbolista, donde se intentaba hacer pasar la luz de la razón al lado de la sombra. Algunos adelantados —Schopenhauer, Nietzsche, la filosofía del inconsciente de Hartmann— descubrían la **determinación** en los temblores del apocalipsis y la fatalidad.

Donde la **verdad** simbolista testimonia el abismo que

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar

se abre con la muerte de Dios, al desmoronarse todo un sistema de demarcación y un diagrama de jerarquías, el **saber** psicoanalítico descubre que la Realidad es sólo un **principio.**

Aquello que había sido sostenido por un Orden Imaginario (la realidad, alteridad de dios) se quiebra en el *Azar de Mallarmé*, anverso de las **leyes** del inconsciente freudiano.

Los simbolistas, a diferencia de los clásicos —escribe A. M. Schmidt— que aspiraban "sobre todo a que se los considerase personas de bien (**honnêtes gens**, en el sentido especial que tenía en el siglo XVII: personas cultivadas y cabales de acuerdo con las normas de la sociedad de su época), de los románticos que pretendían asumir papeles heroicos, tenían el orgullo de respetar las reglas de una ética del perfecto literato...".

Etica del Cristal, del Espejo, del Vidrio: ética de esa opacidad que habla para no decir, que traza lo inaudible en la palabra. Algo se calla en lo que digo, algo se dice en el silencio. Mallarmé quería "competir con Dios": "El universo en que se instala y pulula la mayor parte de los hombres es una especie de caos opaco: manifiesta el Absoluto, como descubrió Baudelaire; pero sobre todo lo sustrae." Mallarmé cree descubrir "el Misterio inexpresable que la avara Naturaleza esconde y al mismo tiempo revela". El poema es "instrumento y límite de la visión", permite "lanzarse al Absoluto, para refugiarse en él, como el místico en el seno de su Dios". Entonces será necesario que el poeta "renuncie al poema, se calle, abra la Ventana, rompa el Espejo".

El poema que revela el misterio, lo obtura: la pasión del poeta es ser la **mediación** entre el azar y el absoluto, entre el cuerpo y el alma, entre la cultura y la naturaleza, entre la palabra y el silencio. Mallarmé quiere representar sus terrores, sus placeres secretos, en el artificio

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar

El demiurgo espantoso hechiza con su palabra, los secretos de la madre naturaleza atraen con su ritmo. El lenguaje, en tanto repetición, es vehículo de una muerte que se evidencia en los ritmos de la naturaleza.

El lenguaje inviste al padre de una Ley con las que blasona las ilusiones de un Orden que cree determinar, sin comprender que está determinado por el corte que esa ley instituye mediante el significante de la muerte.

Huysmans reprocha a los naturalistas "no comprender siquiera que la curiosidad del arte empieza donde cesan de servir los sentidos", y quedarse pegados en "los lavaderos de la carne, rechazando lo suprasensible, negando el ensueño".

Por todos lados la irrupción de cierta "realidad psíquica" se insinúa en los pliegues gastados de la representación, trastocando el tranquilo reinado del referente instituido por dios al dar un nombre para cada cosa: "Así mismo podía confesarse —un personaje de Huysmans— que este deseo momentáneo de creer para refugiarse fuera de las edades, emergía con frecuencia de un estiércol de pensamientos mezquinos, de una laxitud de los detalles íntimos y constantemente repetidos, de un desfallecimiento del alma..."

Freud no pensó lo mismo, sino algo nuevo en un lenguaje viejo: esa grieta donde los simbolistas encontraron su verdad, se hará saber de una escisión y de unas leyes (las del inconsciente).

El simbolismo —también como figura retórica— tratará de soldar la escisión, de encontrar el Uno (andrógino de los alquimistas). Apenas se reconoce la diferencia se busca la equivalencia: adentro/afuera; arriba/abajo; visible/invisible; físico/metafísico. Y también: cielo/tierra; vida/muerte; día/noche; masculino/femenino. El suplemento del símbolo se moverá dentro del espejo microcosmo/macrocosmo, transformando sus operaciones en las huellas del misterio de la vida y de la muerte. Los ciclos

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar

biológicos están regidos por "leyes" **matemáticas;** la resurrección de las semillas inspirará la resurrección de los cuerpos. La repetición que asegura la muerte, servirá para negarla. Porque en el origen era **Uno** —dirán los teóricos del simbolismo— los cuerpos conservarán el ritmo lunar que permite encontrar las correspondencias entre la voz, el andar, las formas, los colores, los movimientos, etc. Tránsito de equivalencias donde todas las **gamas** son isomórficas: gamas de colores, de formas, de vicios morales, etc. El arte simbólico es un pensamiento visual donde las series son posibles por la integración de la discontinuidad en lo continuo: ordenación, gradación sucesiva, dinamismo interno, polaridad, simetría de tensiones, nociones de conjunto.

(El sol brilla como el oro / el oro brilla como el sol / el ojo ve el sol / el sol es un ojo / el ojo es un sol.) El **tránsito** que es la vida juntará el nacimiento y la muerte, logrará la armonía entre los opuestos, encontrará las correspondencias. Porque lo contrario es el caos, el simbolismo quiere justificar la existencia de la palabra **universo.**

La operación de Freud será opuesta: las equivalencias simbólicas serán ligadas al cuerpo libidinal como **recursos** de la anulación de la **diferencia.** Las equivalencias y las síntesis, operaciones de las máscaras, serán para Freud una materia **dada:** el deseo, la alteridad, la spaltung —esto es lo **impensable.**

El artista será el personaje elegido por Freud: su **statuto** de director de escena lo convierte en un aliado, su pretensión de saber en un "paranoico".

El movimiento simbolista estaba en el "espíritu de la época" como la sombra del positivismo triunfante y Freud transformó esa sombra en el espejo donde se refractaba el efecto de la exclusión y la segregación. Los simbolistas supieron rechazar por igual a las bellas almas románticas como a los voyeristas del naturalismo: vivieron el

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar

desorden como el efecto de otro orden —el del lenguaje— y retrocedieron allí donde ese orden se mostraba como alteridad radical. El **borde** simbolista encuentra su cierre en el espejo, del otro lado del espejo la escena del inconsciente será abierta por Freud.

Los **dones** del artista sólo pueden ser comprendidos en tanto **don** social, valor de intercambio en el que subyace un intercambio de valores cuyo efecto es la ilusión de una "profundidad" en la que una época se reconoce y la siguiente no. Si pudiese saber —dice Borges— como será **leída** esta página en el año 2000, sabría como será la literatura entonces.

La suma de los procesos de producción no explican el producto: el **don** artístico no es analizable, pero su fracaso sí. Así como la afasia permite comprender los dos ejes del lenguaje —según supo demostrarlo R. Jakobson— las fallas del arte dejan entrever en los agujeros del tapiz, los beneficios de la creación. Cuando una época se niega a aceptar el **don** que se le propone, muestra **también** lo que está en juego en los **dones** que acepta con halago. ¿No se clasifican las "obras" como el "obrar", infiriendo **intenciones** que alimentan la moral querellante? Las acciones, como las obras, suelen justificarse por la **intención.**

Esta obstinada moralina en relación al arte —que cambia de signo, pero no de función— muestra que no se admira a los artistas por lo que "revelan", sino por lo que son capaces de ocultar. Por eso, es fácil encontrar intenciones adviesas en los que ocultan algo distinto —se ocultan de otra cosa— que sus ocasionales lectores. El **don** que se le pide al artista es que devuelva los **dones** que recibió de sus padres: el premio será llamar padre de sus obras, a los que saben ser buenos hijos de ella. Cuando Freud deja de lado el problema del "don" —alimentando la ilusión de autonomía, que niega con su propio análisis— solo afirma que las **determinaciones** que

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar

hacen posible el arte son múltiples y que el psicoanálisis lleva hasta las últimas consecuencias las investigación de una de ellas.

Se traía del juego de una economía libidinal donde la oposición represión/sublimación plantea el **suspenso** de una aventura pulsional que los **semejantes** al artista en cuestión toman como propia. Identificar un texto como bueno, es identificar(se) al mismo como igual.

Las figuras retóricas dominantes en cada época están determinadas por una incesante restitución narcisista, por una incalculable puesta en escena (verbal) de los emblemas e ideales de una **época.** Los deseos coartados en su fin, transformados por el "artista" en un proceso de sublimación promovido por la cultura misma; harán de la represión un triunfo del **ideal.**

El artista (en el momento de la "vanguardia") amenaza con **desnaturalizar** la represión: mediante esta operación logrará ser **reconocido** y naturalizado a su vez. La ilusión del porvenir, es el único porvenir de la ilusión.

Se trata del arte "como esa iglesia interhumana, donde los hombres se adoran entre sí" ironiza Gombrowicz, mientras propone la vida como destrucción del templo invisible del reconocimiento: muecas, estupideces, máscaras. Trivializar es erotizar en un juego de inmadurez que retarde —para siempre— la única máscara de la que nadie sabría escapar, la de la madurez. Todo **el texto** de Gombrowicz parece construido sobre el modelo de la investigación sexual infantil, ¿por qué casarse es orinar uno delante de otro, por qué los niños nacen por el culo, por qué las mujeres se embarazan por la boca, por qué el padre viola siempre a la madre, por qué la madre tiene un falo, por qué las niñas orinan sentadas? [9].

El gesto de Jensen —al verse como quiere ser visto— le impedirá inventar (es decir, investigar en el sentido erótico de la fantasía): armará un bricolage con los elementos extraídos de la mitología grecorromana. Su per-

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar

sonaje realiza una elección heterosexual de objeto —en determinadas condiciones— desde una posición homosexual: aquí hay que encontrar la génesis de las equivalencias simbólicas [19] que organizan el texto hasta el encuentro con la "mosca" en una cierta función de objeto a, en una cierta posición de fetiche, velo que testimonia la falta en el campo del Otro. En el bajorrelieve el fetiche aparece en una vertiente metonímica (articulado en una parte del cuerpo), mientras que en la "mosca" se transforma en metáfora —en sustitución de la falta— y en calidad de tal vuelve a grabarse en el cuerpo:hoyuelo:mosca (boca que tapar):beso. El lugar fragmentado logra simbolizarse en una restitución. Esto es lo que Jensen no puede crear (investigar) y lo que lo obliga al bricolage. Si cuando el sujeto sabe alguna cosa, ya hay una cosa perdida, la renuncia a la arqueología será la expulsión de esta pérdida que el saber testimonia y sustituye (sublimación). Por eso la alegoría será la figura dominante: en su sentido manifiesto aparece y no aparece (como el falo en el fetiche) el sentido figurado [10].

La alegoría siempre dará que interpretar —según el deseo— la denegación de una evidencia de la "percepción".

El origen de la alegoría será la interpretación moralizante que permite transformar el sentido "literal" de un texto, para darle un sentido "figurado": en la antigüedad, esta operación permitía adaptar la obra de los clásicos a las necesidades de la "ética" imperante [20]. El bricolage de Jensen tiene como eje la alegoría que le permite extraer elementos de sistemas dispares y constituir un conjunto donde cada elemento encuentre su función original [21].

Disparados desde el bajorrelieve (fetiche) los tres **sueños** de la novela serán los **enigmas** ficticios que la alegoría se propone, una vez que ha encontrado la "solución".

Porque Norberto cree que las cosas muertas están vivas,

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar

la vida misma le parece muerta: ha tomado la muerte de su padre en forma "literal", por eso Zoé le ayudará a encontrar el sentido "figurado" mediante una metáfora fallida donde se restituye el padre idealizado en su figura.

FETICHE

Zoología	Arqueología
Vida	Muerte
Cuerpo	Espíritu
Imaginación	Razón
Presente	Pasado
Femenino	Masculino
Padre sol ↓	Padre Muerto

REDIVIVA
ZOE GRADIVA
Mars Gradivus

La "novela mítica", de cuyos pedazos extrae la novela su "material", reafirma el sentido figurado del texto: Urano (el firmamento) y Gea (la tierra) tienen dos hijos: Cronos (el tiempo) y Rea (Diosa de la tierra), de cuyo incesto nacen Ceres y Zeus (que castra a su padre Cronos, que devora a sus hijos); quienes por incesto engendrarán a Perséfone, raptada por el enamorado Hades y llevada al mundo de las tinieblas (Pompeya, ciudad tumba). Norberto invierte a Hermes —es decir, la figura equivalente de Hades— puesto que en vez de trasmitir en los sueños de los hombres los mensajes de las tinieblas, los recibe él mismo.

Lo reprimido de la "constelación" mítica —con cuyos restos se organiza la novela— será la relación de muerte y castración entre padre e hijo. Pero esto aparece ¿no "castra" el obsesivo al tiempo —Cronos— transformándolo en el espacio de un pasado, donde ninguna apertura es posible?

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar

El modelo aparece desplazado, observado por Norberto en quienes **creyó** hermanos: "Estaban abrazados y se besaban y Norberto reconoció con sorpresa a los jóvenes de la noche anterior que le habían causado tan buena impresión."

(En una nota de 1911 Freud insinúa que el incesto con la hermana sería lo reprimido en Jensen, lo que resulta dudoso cuando se lo descubre manifiesto). En todo caso --siguiendo el desplazamiento al revés— la hermana parece heredar del padre un afecto que el padre de Zoé vuelve a captar en esa pasión común por la "ciencia".

Diversas alusiones mitológicas hacen vacilar la identidad mítica de Gradiva (¿griega o romana?) en una **oscilación:** Si va a la casa de Adonis es Afrodita --es decir, carente; lo que despierta los celos—, pero también puede ser Atalanta. Al final —mediante un broche y una referencia a Ovidio— será identificada con Atalanta: mujer fálica que después de vencer a sus enamorados en una carrera, los mataba. Venus la transformó en leona (el amarillo y los dientes de Zoé).

El silencio y el saber --fantaseados como dos hermanos que se confunden en la muerte— le harán renunciar a la arqueología, ese emblema paterno "erotizado" por el retorno de lo reprimido: "Y su acompañante, la ciencia, parecía una vieja monja: sólo hablaba si le dirigían la palabra y él ya casi ni se acordaba cómo había que hablarle."

El lenguaje perdido se desplaza a Pompeya, la ciudad tumba: "Pero algo que surgía de ella misma hacía pensar que la muerte hablaba..." El personaje siente que le falta **algo**, en Pompeya hay **algo** en que la muerte (padre) habla cuando sus emblemas (ciencia) callan. Norberto **Hades**, emisario de la muerte, intenta seducir a Zoé con una flor funeraria: Zoé (Perséfone) le pide una flor de la vida, triunfa sacándolo de las tinieblas. Pero el sol que la alberga —y que ella alberga— restituye el **velo**

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar

cuyo único agujero es tapado [por]mosca" (¡nada de hoyuelo, por gracioso que sea!).

Freud designa como círculo de representaciones el universo cerrado de Jensen, donde se intenta obturar —en un tramado de residuos— la función deseante de la palabra mediante cristalizaciones estilísticas y temáticas. Pero la alegoría es una operación precaria de la censura, exige siempre nuevas reinversiones libidinales y termina por delatar a su autor. A Jensen le pasa con el texto lo mismo que a su personaje con el sexo femenino: no puede soportar la diferencia, solo encuentra equivalencias. Pero si las deliberadas intrigas de la ambiguedad están en la génesis de la producción poética, los enigmas de sastre de la alegoría muestran a la perfección su fracaso. La censura no es la represión originaria, la alegoría no es la metáfora.

El trabajo de Freud, por sospechoso de generalidad que sea para los críticos, subvierte el problema de los géneros al cuestionar la **demarcación** que jerarquiza en lo imaginario las lecturas (prosa / poesía / ensayo) y nos permite interrogar esa demarcación que retorna, para nosotros, en la convivencia crítica / literatura.

El creador de un discurso **sin lugar** produjo esa **otra escena** que viene a excentrar todos los lugares: el saber de **la gradiva** en Freud plantea una cierta subversión que, en el límite, funda esa posibilidad que Derrida enuncia cuando —entre el saber y la poesía— nos evoca "huellas de huellas, diferencias de diferencias, en el decurso infinito del ser" [22].

Saber de la muerte, quizás habría que ver —con Pontalis— al psicoanálisis como la pulsión de muerte del **saber.**

1974

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar

REFERENCIAS

1. Freud: **El delirio y los sueños en La Gradiva, de W. Jensen.** O. C. Ed. B. N.
2. Freud: **Epistolario.** Ed. B. N.
3. Freud: **Introducción al Narcisismo.** Ed. B. N.
4. Freud: **Observaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia autobiográficamente descripto.** O. C. Ed. B. N.
5. Octave Mannoni: **Freud, el descubrimiento del inconsciente.** Ed. Galerna.
6. Sara Kofman: **El nacimiento del arte.** Ed. Siglo XXI.
7. J. B. Pontalis: **El problema del inconsciente en M. Ponty.** (Cuad. de Psicología) Ed. Caudex.
8. Freud: **Análisis de un caso de neurosis obsesiva.** O. C. Ed. B. N.
9. Freud: **Teorías sexuales de los niños.** O. C. Ed. B. N.
10. Freud: **El fetichismo.** O. C. Ed. B. N.
11. Freud: **La cabeza de la medusa.** O. C. Ed. B. N.
12. Freud: **La negación.** O. C. Ed. B. N.
13. Lévi-Strauss: **Lo crudo y lo cocido.** Ed. F. C. E.
14. Lacan: **El mito individual del neurótico.** Ed. Cuadernos S. Freud 2/3.
15. Leclaire: "El obsesivo y su deseo". **Rev. Argentina de Psicología.** Nº 13/14.
16. Rosolato: "Función del padre y creaciones culturales". **Rev. Argentina Psi. 8.**
17. Freud: **Autobiografía.** O. C. Ed. B. N.
18. Freud: **Moisés y la religión monoteísta.** O. C. Ed. B. N.
19. Freud: **Sobre la trasmutación de los instintos y especialmente del erotismo anal.** O. C. Ed. B. N.
20. Heinrich Lausberg: **Manual de retórica literaria.** Ed. Gredos.
21. G. Genette: **Estructuralismo y crítica literaria.** Ed. Paidós.
22. Derrida: **De la gramatología.** Ed. Siglo XXI.
23. Deleuze: **Diferencia y repetición,** Anagrama.

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar

WILHELM JENSEN: **GRADIVA**

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar

En un museo en Roma, Norberto Hanold descubre una figura en bajorrelieve que lo impresiona profundamente. Con ánimo de contemplarla y estudiarla con detenimiento, hace sacar una copia en yeso y la lleva a su domicilio, ubicado en una ciudad universitaria alemana, colocándola en el lugar predilecto de su gabinete de trabajo cuyas paredes se ofrecían en casi toda su extensión cubiertas por estantes atiborrados de libros. La luz daba de lleno sobre el bajorrelieve y el sol poniente lo iluminaba durante un corto tiempo.

La figura representaba, reducida al tercio de su tamaño natural, a una muchacha ya plenamente formada, joven, aunque ya no niña, una virgen romana que frisaría en los veinte años, en actitud de andar. No se asemejaba en absoluto a esos bajorrelieves tan conocidos de Venus, de Diana o de otra divinidad, ni a Psiquis ni a cualquier otra ninfa. En ella había algo de familiar humanidad, algo vivo y "presente", como si el artista hubiera trasladado a su obra una visión "del natural" percibida momentos antes en un paseo por las calles. El cuerpo era esbelto, los cabellos suavemente ondulados estaban casi cubiertos por una pañoleta. El rostro, más bien menudo, no tenía ningún hechizo particular. Sus rasgos delicados expresaban una serena indiferencia por los acontecimientos exteriores, las pupilas, que miraban hacia adelante, en línea recta, denotaban una mirada excelente y franca y un tranquilo retraimiento sobre sí misma. Esta joven, que no atraía por la belleza de sus formas, tenía algo bastante raro

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar

en las esculturas de la antigüedad: un puro y natural encanto de muchacha que parecía ser la fuente de su vida misma. Todo ello se debía a la actitud en que estaba representada: llevaba la cabeza levemente inclinada y con su mano izquierda recogía sus amplias vestiduras plegadas que iban desde el cuello a los tobillos, dejando ver sus pies, calzados con sandalias. El pie izquierdo, adelantado, reposa por entero en el suelo, mientras el otro sólo se apoya sobre la punta de los dedos, quedando la planta y el talón casi perpendiculares a la tierra. Este paso, demostraba en ella, unida a la desenvoltura de un femenino y juvenil andar, una seguridad de sí misma, de modo tal que el encanto particular nacía de una actitud etérea combinada con esa firmeza interior.

¿De dónde venía? ¿Hacia dónde se dirigía? El doctor Norberto Hanold, catedrático de arqueología, no hallaba en aquel relieve nada que desde el punto de vista científico de su disciplina justificara una especial atención. No era una escultura de la época heroica, sino más bien un "cuadro de género" a la manera romana, y no conseguía explicarse lo que en ella le había interesado; sólo sabía que desde el primer momento se había sentido dominado por una intensa atracción que el tiempo no lograba debilitar. Para sí mismo, había bautizado a la escultura con el nombre de "Gradiva" —"la que avanza"— este apelativo que los poetas usaron para designar a Marte —Mars Gradivus— el dios de la guerra que marcha hacia el combate, le parecía el más característico del movimiento de la joven, o dicho de manera más actual, de la joven dama, pues era visible que no provenía de la clase baja sino que era hija de un noble, o en todo caso de un *honesto loco ortus*, hija quizá de un edil patricio que ejercía su cargo bajo la advocación de Ceres, y acaso ahora mismo ella se dirigiera al templo de la diosa.

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar

El arqueólogo no acertaba a imaginársela en el cuadro de Roma, le parecía contrario a la serena naturaleza de la figura encuadrarla en el bullicio de una ciudad. Su actitud, ese porte apacible, le parecía corresponder, no a esa multitud en que nadie se ocupaba de nadie, sino a una pequeña aldea en la que todo el mundo la conocía, y en la que cada cual se detenía a su paso para decir a su acompañante: "He aquí a Gradiva" (no se le antojaba otro nombre), "la hija de... Tiene el más hermoso andar de todas las jóvenes de nuestra villa."

Estas palabras, grabadas en su espíritu, como si en verdad las hubiese escuchado, lo hicieron asumir otra convicción. El vivo modelo copiado por el desconocido artista no pudo habitar sino en Pompeya. En ocasión de su viaje a Italia se detuvo algunas semanas en Pompeya para estudiar sus ruinas y, de regreso a Alemania, tuvo un día la repentina evidencia de que la mujer representada en el bajorrelieve caminaba sobre aquellas losas que habían sido recién descubiertas y que estuvieron destinadas al paso de los peatones, ellas permitían —en tiempo de lluvia— atravesar las calles a pie, dejando a la vez espacio para el tránsito rodado. Ya la veía haciendo pasar uno de sus pies por encima del intervalo entre dos piedras, mientras que el otro se disponía a seguirlo. Al mismo tiempo que contemplaba a esta mujer en marcha, todo cuanto la rodeaba cobraba vida a su alrededor. Gracias a su conocimiento de la antigüedad, esta figura sugería la vista de una larga calle extendida entre dos filas de casas en las que se mezclaban los numerosos edificios de los templos y los pórticos. El comercio y la industria mostraban *taberna officinae cauponae*, tiendas, talleres y tabernas. Los panaderos exponían su pan a la venta, las ánforas de arcilla reflejadas en las mesas de mármol ofrecían toda clase de cosas útiles. En una esquina, una mujer en cuclillas ofrecía el contenido de sus cestas a los com-

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar

tal ardor científico que se entregó a esta especial observación como si se tratara de algo indispensable. Numerosas dificultades le acarreaba este ejercicio en medio del gentío de la gran ciudad. Y sólo podía esperar un resultado satisfactorio yendo en busca de calles poco frecuentadas. También allí en la mayoría de los casos los vestidos largos ocultaban por completo el paso, tanto más cuanto que las únicas que llevaban falda corta eran las criadas, y debido al tosco calzado que casi todas usaban no podía tomárselas en cuenta para la solución del problema. Sin embargo, continuó con perseverancia sus observaciones, tanto en los días de sol como en los de lluvia. Comprobó que estos últimos le eran más propicios porque obligaban a las damas a levantar el borde de sus faldas. La manera con que examinaba sus pies debía inevitablemente, fastidiar a algunas mujeres, pues a veces el gesto contrariado de alguna de las que así miraba demostraba que su conducta era tomada como una audacia o como una grosería y también a veces, muy por el contrario, siendo Norberto un joven de aspecto bastante seductor, en los ojos de algunas parecía leerse una especie de complaciente acicate; pero ni en uno ni en otro caso comprendía él el sentido de estas miradas. Poco a poco su perseverancia iba siendo recompensada. Reunía un número considerable de observaciones y entre ellas hallaba múltiples diferencias. La mayoría de las mujeres aplastaba casi contra el suelo la planta de sus pies y pocas había que la elevasen oblicuamente en una posición más graciosa. Ninguna de ellas tenía el paso de Gradiva, lo que lo llenó de satisfacción: no se había equivocado entonces desde el punto de vista arqueológico en el examen del bajorrelieve. No obstante, sus observaciones lo contrariaban porque encontraba hermosa la posición vertical del pie suspendido y lamentaba que sólo hubiese sido la obra de la imaginación y de la voluntad del escultor y no

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar

correspondiese a la realidad de la vida. Una noche, poco tiempo después de que sus observaciones sobre el pie femenino lo llevasen a esta conclusión, tuvo un sueño terrible, espantoso. Se hallaba en la antigua Pompeya, precisamente el 24 de agosto del año 79, día de la tremenda erupción del Vesubio. El cielo envolvía a la ciudad condenada a la destrucción en un sombrío manto de humo. Las ardientes llamas del cráter eran la única luz que permitía percibir uno que otro objeto en medio de un resplandor rojo sangre; todos los habitantes, perdida la cabeza, presos de un terror desconocido, buscaban la salvación en la fuga, ya sea solos o en confusas avalanchas. Los *lapilli* y la lluvia de cenizas caían alrededor de Norberto, pero, como ocurre milagrosamente en los sueños, no era alcanzado por ellos, así como tampoco le impedían respirar los mortíferos vapores de azufre que impregnaban la atmósfera. Hallábase en el Foro, cerca del templo de Júpiter, de repente ve ante sí a la propia Gradiva. Hasta ese momento no había ni siquiera imaginado que pudiera hallarla en aquellos lugares, mas en el acto le parece naturalísimo el encuentro; Gradiva, siendo pompeyana, vivía en su ciudad natal, y sin que ello le causara extrañeza, era contemporánea suya. La reconoció a primera vista, comprobando así que el relieve que tenía en su poder era perfectamente exacto, hasta en el menor detalle, aun el de su paso, que —sin proponérselo— él designaba con la expresión *lente festinans*. Atravesaba así, con su paso flexible y tranquilo, el embaldosado del *Forum* y se dirigía hacia el templo de Apolo con una serena indiferencia por cuanto la rodeaba, indiferencia que —por otra parte— era muy propia de ella. Parecía como si absorta únicamente en sus pensamientos, no se diese cuenta de la fatalidad que se cernía sobre la villa. También él, al menos por algunos instantes, se desentendía del terrible acontecimiento y, con la idea de

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar

que la realidad viviente pronto desapareceria, intentaba grabar su imagen en la memoria con mayor profundidad. Pero de pronto comprende que si la muchacha no huye va a ser víctima de la catástrofe general. El terror le arranca un grito, para prevenirla. Gradiva lo oye porque da vuelta la cabeza, lo mira un instante pero demostrando no comprender continúa indiferente su camino. Su rostro adquiere la palidez del mármol, sigue hasta el templo y se sienta entre las columnas, sobre una grada donde reclinó la cabeza con lentitud. La lluvia de *lapilli* ya formaba una cortina densamente opaca. Al correr hacia ella termina por encontrarla sobre la grada, protegida por una saliente del techo. Así apoyada parecía dormir pero ya no respiraba. Los vapores de azufre la habían asfixiado.

Su rostro, con los párpados entornados, era en todo semejante al de la escultura, iluminado desde lo alto del Vesubio por un resplandor rojo. Sus rasgos no estaban alterados por el miedo ni por ningún sacudimiento; expresaban una calma sobrenatural que aceptaba tranquilamente lo irrevocable. Pero fueron desdibujándose cada vez más a medida que el viento traía la lluvia de cenizas que primero la cubrió como un velo de gasa gris que luego borró totalmente el rostro y que, como las tormentas de nieve de los países nórdicos, terminó por hacer desaparecer el cuerpo bajo una capa uniforme. A su alrededor se erguían las columnas del templo de Apolo que pronto estuvieron sepultadas hasta la mitad en las cenizas que se iban acumulando.

Cuando el doctor Norberto Hanold despierta aún escucha los gritos espantados de los pompeyanos y el sordo mugir del mar embravecido. Cuando recuperó totalmente la conciencia el sol iluminaba su cama con resplandeciente luz dorada. En esa mañana de abril los múltiples ruidos de la ciudad, el pregón de los vendedores y el rodar de los coches subía hasta su cuarto.

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar

A pesar de todo recordaba su sueño hasta en los más mínimos detalles y de la manera más nítida. Necesitó cierto tiempo para lograr salir del estado de semiestupor y darse cuenta de que, en realidad, la noche anterior no había participado en la catástrofe del golfo de Nápoles, ocurrida hacía dos mil años. Poco antes de vestirse ya casi se había liberado por completo de esa obsesión, pero no lograba —ni aun aplicando una crítica razonada— desechar la idea de que Gradiva era pompeyana y había sido sepultada en su ciudad en el año 79. Su hipótesis primera se transformaba en convicción. Miró con melancolía el bajorrelieve que en la pared de su cuarto había adquirido, para él, nueva importancia. En alguna medida era un monumento funerario en el que el artista había rescatado para la posteridad la imagen de una mujer que había terminado su existencia a tan tierna edad. Pero si se la miraba con atención su actitud no daba lugar a dudas: en verdad, esa noche fatal se había recostado para morir con la misma calma demostrada en el sueño. Según el antiguo proverbio los elegidos de los dioses abandonan el mundo en la flor de la edad.

Norberto, en piyama y pantuflas, sin cuello todavía, se asomó a la ventana. La primavera que recién llegaba a los países del norte sólo se hacía presente en la gran ciudad de piedra por lo liviano del aire y lo azul del cielo. Pero un anuncio leve prevenía los sentidos, despertaba el anhelo de lejanías radiantes de verde, de hojas, del aroma del campo y del canto de los pájaros. Hasta ahí llegaba su reflejo. Las vendedoras callejeras habían adornado sus canastos con flores silvestres y desde una ventana entreabierta llegaba el eco del canto de un canario. El joven sintió una lástima honda; a pesar del acento triunfal de los sonoros trinos se traslucía en ellos el ansia ardiente de libertad, de aire libre y de horizontes.

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar

Pero todo esto ocupó sus pensamientos sólo un corto plazo. Otra cosa los requería. Acababa de darse cuenta de que no se había fijado especialmente si Gradiva caminaba según la representación del bajorrelieve o de una manera distinta a la de las mujeres de hoy. En ese paso estaba el interés científico que había puesto en el bajorrelieve y además tenía su explicación en el sentimiento que le había causado el peligro de muerte en el que ella se encontraba.

En ese momento algo llamó poderosamente su atención pero no pudo diferenciar de dónde provenía. Pero pronto descubrió su origen. Por la calle, de espaldas a él, una mujer caminaba con paso elástico; una muchacha, por su aspecto y su ropa. Con la mano izquierda levantaba ligeramente el ruedo de su pollera que de esa manera sólo le cubría los tobillos. Y en seguida tuvo la sensación de que la planta del pie que durante un instante quedaba rezagado se levantaba casi verticalmente mientras la punta apenas rozaba el suelo. Eso le parecía porque al verla desde tan alto y a esa distancia no podía saberlo con certeza.

Norberto Hanold se encontró de pronto en la calle sin poder explicarse con claridad cómo había llegado hasta allí. Se precipitó como una criatura, para bajar la escalera se deslizó por la baranda y empezó a correr entre los coches y la gente. Lo miraban extrañados y algunos proferían exclamaciones entre burlescas y asombradas. El ni pensaba que le estaban dirigidas y sólo se preocupaba por buscar a la joven a la que creía distinguir unos pasos adelante de él, pero de la que sólo alcanzaba a ver el busto porque la gente que caminaba por la vereda tapaba la parte inferior y los pies. En ese momento, una verdulera gorda y vieja lo retuvo por la manga y en tono de burla le dijo:

—Oiga, jovencito, anoche no habrá puesto usted demasiado líquido entre pera y bigote y ahora anda por

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar

la calle buscando su cama. ¿Por qué no se va a su casa y se mira en el espejo?

Las carcajadas que estallaron a su alrededor le señalaron que no llevaba ropa apropiada como para presentarse en público y lo convencieron de que se había precipitado a la calle de modo muy inconveniente. Se sintió espantado porque cuidaba su aspecto exterior y olvidando el proyecto volvió muy rápido al departamento. Sus sentidos alterados por el sueño seguían siendo juguete de apariencias ilusorias pues lo último que notó fue que los gritos y las risas habían hecho dar vuelta la cabeza a la muchacha y se confesaba que el rostro que alcanzara a ver no le era desconocido sino el mismo que viera en Gradiva cuando ella lo miró sorprendida.

El doctor Norberto Hanold gozaba de la placentera situación del que al tener una apreciable fortuna es dueño absoluto de sus actos y de sus obras de manera que si se le ocurría algo sólo necesitaba su propia aprobación. En esto le llevaba bastante ventaja al canario que sólo podía expresar con un vano canto su natural necesidad de salir de la jaula hacia lejanos techos; pero, con todo, no dejaba de tener un cierto parecido con el pájaro. En verdad el joven arqueólogo no había nacido en la libertad de la naturaleza ni había sido educado en ella porque desde que nació lo aprisionaron los barrotes de la jaula construida por la tradición familiar con el pretexto de educarlo y preocuparse por su suerte. En su casa nadie dudaba, desde su primera infancia, que al ser hijo único de un profesor universitario que había realizado hallazgos sobre la antigüedad, no estuviera llamado a conservar y en lo posible a aumentar el prestigio del nombre de su padre siguiendo la misma profesión. Y esa sucesión del oficio se le presentó siempre

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar

como la ineludible tarea de su porvenir. Ya solo, muerto su padre, había sido fiel a este concepto y había realizado el consabido viaje a Italia después de sus brillantes exámenes de filología, y había contemplado hasta el hartazgo las obras maestras de la escultura antigua que hasta entonces sólo conocía por reproducciones. Además, en ningún otro lugar podía encontrar algo más instructivo que las colecciones de Roma, Nápoles y Florencia y debía sentirse feliz de haber empleado su viaje sacando el máximo de provecho para su ciencia. Volvió a su país totalmente satisfecho y se entregó de nuevo a sus estudios con el saber enriquecido. Sólo de manera difusa se le ocurría la idea de que además de los objetos, testimonios de un lejano pasado, pudiera haber un presente alrededor de él. Los mármoles y los bronces no eran para él materiales muertos sino lo único realmente vivo que expresaban los valores y la razón de ser de la existencia humana. Es así que vivía entre sus paredes cubiertas de libros y cuadros, sin tener necesidad de ningún contacto con los demás hombres, más bien evitándolos como perdedero de tiempo y sólo de vez en cuando se resignaba, contra su gusto, a la inevitable carga de algunas obligaciones sociales a las que se veía obligado por las antiguas relaciones de su familia. Pero todo el mundo comentaba que frecuentaba esas reuniones sin ver ni oír, que siempre tenía excusas para irse apenas terminaba de comer, que jamás saludaba en la calle a alguien que hubiera compartido la mesa con él. Sobre todo las jóvenes veían muy mal esta conducta porque cuando las encontraba —aunque antes hubiera cambiado algunas palabras— las miraba como a una figura extraña y no las saludaba.

Ya de por sí la arqueología es tal vez una ciencia un poco extraña y unida a la actitud de Norberto Hanold producía una rara mezcla que no despertaba grandes

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar

simpatías y que, por cierto, no lo ayudaba a gozar la vida. Pero la juventud suele tener esa actitud.

Como compensación, con una suerte de generosidad, la naturaleza lo había dotado de una imaginación muy fértil que no sólo se expresaba en los sueños sino también al estar despierto y esto no predisponía mucho su ánimo a un rígido método de medicación. Esto también lo asemejaba al canario. Ese pájaro que sólo había conocido el cautiverio en la jaula tenía la sensación de que le faltaba algo y expresaba esa necesidad con su canto. Por eso Norberto Hanold lo comprendía y ya en su habitación volvió a sentir compasión por él al asomarse de nuevo a la ventana.

También él sentía que le faltaba algo pero sin saber qué. Y pensarlo no le servía de nada. El suave aire de primavera, la luz del sol, la atmósfera olorosa lo inundaban con un confuso sentimiento y le dieron la certeza de que él también estaba encerrado en una jaula. Pero en seguida pensó, y esto le dio algún alivio, que su posición era infinitamente mejor que la del canario porque él podía volar hacia la libertad cuando quisiese y nadie podía impedírselo.

Pero todo eso era para pensarlo mucho más. Norberto lo pensó durante un momento, sólo el necesario para decidir que esa primavera viajaría y que esa decisión la llevaría a la práctica el mismo día.

Preparó una pequeña valija y después de mirar con nostalgia a Gradiva, que iluminada por el sol poniente parecía andar con mayor soltura que nunca, tomó el tren hacia el sur. Aunque había emprendido este viaje por un impulso indefinible, al reflexionar pensó que le resultaría útil para su profesión. Recordó que en su viaje anterior había dejado pendiente algunos problemas sobre las estatuas de los museos romanos y decidió ir directamente a esa ciudad, sin hacer altos, en un viaje que sólo le llevó un día y medio.

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar

encontró ninguno que le gustase y volvió al hotel para acostarse porque el aire de Italia, al que no estaba acostumbrado, el sol fuerte y el barullo de la calle lo habían agotado. Empezaba a dormirse cuando lo despertó la entrada de dos viajeros al cuarto contiguo que habían llegado a la mañana. Este cuarto tenía una puerta que comunicaba con el suyo, tapada por un ropero. Las voces se oían perfectamente a través del delgado tabique. Eran un hombre y una mujer y pertenecían con seguridad a la bandada de primaverales y migratorios pájaros alemanes con los que había hecho el viaje desde Florencia. Su estado de ánimo era la mejor propaganda a la cocina del hotel y el excelente *castelli romani* que habían tomado hacía que expresaran sus sentimientos sonoramente en la lengua de los alemanes del norte.

—Mi incomparable Augusto.

—Mi divina Greta.

—Otra vez uno para el otro.

—Al fin solos.

—¿Seguiremos pensando en el mañana?

—A la hora del desayuno consultaremos la Baedecker y veremos qué nos queda por hacer.

—Mi incomparable Augusto, me gustas más que el Apolo de Belvedere.

—Y yo siempre pienso que tú me gustas más que la Venus Capitolina.

—¿Ese volcán que hay que escalar está cerca?

—No, a algunas horas de tren, me parece.

—¿Qué harías si entrase en erupción cuando estemos ahí?

—Sólo pensaría una cosa: salvarte, te tomaría entre mis brazos así, de esta manera...

—Cuidado, te clavas un alfiler.

—¿Y hay algo más dulce que verter mi sangre por ti?

—Mi incomparable Augusto:

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar

—Mi adorable Greta.

Y por el momento, la conversación terminó de esa manera. Norberto escuchó como un correrse de sillas, se quedó dormido y volvió a sentirse transportado a Pompeya, en el momento de la erupción del Vesubio. A su alrededor todo era una confusa agitación, la gente huía y se atropellaba en el intento y de pronto vio al Apolo de Belvedere en el momento de alzar en sus brazos a la Venus Capitolina. La llevaba hasta depositarla en un lugar oscuro que parecía ocultar en la sombra algún objeto. Tal vez el coche o carro en que iba a conducirla, pues suena un sordo chirrido.

El joven arqueólogo no se siente muy extrañado por este sueño mitológico; lo único que le llama la atención es que no hablan en griego sino en alemán y que poco después, ya casi despierto, los oye decir:

—Mi adorable Greta.

—Mi incomparable Augusto.

Luego las imágenes oníricas se transformaron por completo. A su alrededor reinaba un profundo silencio en vez de la afiebrada agitación y el reflejo del fuego había sido reemplazado por la luz clara y esplendente del sol que iluminaba las ruinas de la ciudad sepultada. Poco a poco se iba convirtiendo en una cama con blancas sábanas iluminada por el sol que subía lentamente hasta los ojos del que dormía. Norberto Hanold se despertó en medio de la luz enceguecedora de una mañana romana.

Y nuevamente, a pesar de haber cambiado algo en él, aunque no sabe qué, se siente invadido por ese sentimiento de encierro, y la jaula esta vez se llama Roma. Abrió la ventana y los vendedores ambulantes gritaban aun más que los de su Alemania natal. Lo único que había hecho era trasladarse de una masa de piedra llena de ruidos a otra igual, y un temor oscuro e inquietante lo alejaba de las colecciones antiguas por

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar

temor a encontrarse con el Apolo de Belvedere y la Venus Capitolina. Después de pensarlo un momento, abandonó la idea de buscar departamento, hizo su valija y tomó el tren hacia el sur. Viajó en tercera con la esperanza de evitar a las inseparables parejas y además para aprovechar científicamente la compañía de los tipos populares italianos, modelos en la antigüedad de las obras de arte. Pero sólo encontró la suciedad, el espantoso olor de los cigarros baratos, hombres bizcos que gesticulaban con los pies y las manos y mujeres que comparadas con las que acompañaban a sus compatriotas sólo hacían pensar en las alemanas como diosas del Olimpo.

Dos días después Norberto Hanold estaba instalado en una habitación un tanto dudosa, llamada *camera* en el hotel Diomedes, frente a la entrada a las ruinas de Pompeya bordeadas por eucaliptos. Su idea había sido quedarse en Nápoles bastante tiempo, para poder estudiar los frescos y esculturas del Museo Nacional pero había repetido la experiencia de Roma. Mientras estaba en la sala donde se exhibían los utensilios domésticos de los pompeyanos se vio rodeado por una nube de trajes femeninos, muy a la moda, que sin duda habían sucedido a las ropas nupciales de satén, seda o gasa reemplazando de manera inmediata su virginal resplandor. Cada una de estas mujeres iba del brazo de un hombre —más joven o más viejo— y la sabiduría que había adquirido Norberto en esta nueva ciencia lo hacía detectar de inmediato, en cada una de esas parejas, a nuevos Augustos y nuevas Gretas. Pero fuera de las habitaciones sus tonos cambiaban, la presencia de terceros los hacía moderar el lenguaje.

—Mira, era gente práctica, tendríamos que comprarnos una cocina parecida a ésta.

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar

—Sí, pero para las comidas que me hará mi mujer tendrían que ser de plata.

—¿Cómo sabes que te va a gustar lo que cocinaré?

Una mirada maliciosa acompañaba a la pregunta a la que le respondía un gesto espléndido.

—Todo lo que me sirvas me parecerá delicioso.

—¡Un dedal! ¡Ya usaban agujas!

—Verdad, pero tú no podrías usarlo ni en el pulgar, te andaría grande.

—¿Lo crees de verdad? ¿Qué dedos te gustan, los delgados o los gruesos?

—Ni necesito mirar los tuyos, los reconocería en la más absoluta oscuridad entre todos los dedos del mundo.

—¡Qué interesante es todo esto! ¿Es necesario ir a Pompeya?

—No, no vale la pena. Sólo hay un montón de piedras viejas. Todo lo de valor, según la Baedecker, lo trajeron aquí. Además allí el sol es demasiado fuerte para tu piel delicada y nunca me lo perdonaría.

—¿Y si descubrieras de pronto que te has casado con una negra?

—Mi imaginación, por suerte, no llega a tanto, pero un pequeño enrojecimiento en tu naricita bastaría para sentirme muy desgraciado. Mi amor, si quieres mañana podemos ir a Capri. Allí todo es tan adecuado y a la luz increíble de la gruta azul reconoceré totalmente el premio mayor que me ha tocado en la lotería.

—Calla, que me da vergüenza que nos oiga alguien. Pero a cualquier lado que me lleves estará bien porque te tendré a mi lado.

Con los Augustos y las Cretas dando vueltas a su alrededor, un poco más calmos pero lo mismo visibles y audibles, Norberto Hanold tenía la sensación de estar sumergido en miel y de tener que tragarla a cucharadas. Sintió náuseas y escapó del museo para tomarse un vermut en la hostería más cercana. Más de una

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar

decena de veces se preguntaba por qué esa gente en parejas repetidas por centenares llenaban los museos de Nápoles, Roma y Florencia, en vez de dedicarse uno al otro en su propio país, Alemania.

Pero las conversaciones y diálogos cariñosos al menos le habían asegurado que la mayoría de esas parejas de tortolitos no iban a anidar en las ruinas de Pompeya sino que consideraban más adecuado viajar a Capri. Esto lo impulsó rápidamente a hacer lo contrario de lo que ellos hacían. Además era su mejor oportunidad para liberarse de ese grupo de tontos y encontrar lo que buscaba sin hallarlo en ese jardín de las Hespérides. También eran una pareja pero no se pasaban todo el tiempo arrullándose: los fraternos Silencio y Saber, que siempre tenían un cuarto en su casa a gusto de uno. Nunca había deseado nada con tantas ansias. Bien podía calificarse su anhelo —su contrasentido era sólo aparente— de "apasionado". Una hora después ya viajaba con rapidez a lo largo de Portici y de Resina por un camino que parecía adornado con tanta pompa como para un vencedor romano: a ambos lados y en casi todas las casas colgaban tapices amarillos. Pero sólo eran abundantes pastas de Nápoli —vermicelli, spaghetti, canelloni y fidelini— colgadas entre los vahos de los bodegones, el polvo y las moscas, las escamas de pescado que volaban, el humo de las chimeneas y otros elementos diurnos de donde extraían su sabor típico.

Muy cerca, el pico del Vesubio se erguía entre campos de lava. A la derecha el golfo de azul brillante como formado de malaquita o lapislázuli. El pequeño carruaje corría como si lo persiguiera una furiosa tempestad y a cada momento parecía que había llegado la última hora sobre el pavimento de Torre del Greco. Después le tocó el turno a Torre dell'Annunziata y al llegar al par de Dioscuros que parecieran representar los hoteles Suizo y Diomedes, que miden permanentemen-

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar

te sus respectivas fuerzas de atracción, se detuvo frente al último cuyo nombre —tomado de la antigüedad— ya había inclinado las preferencias del joven arqueólogo desde que lo viera en su primera visita.

La competencia suiza observaba, sin embargo, el acontecimiento que ocurría a su lado, con total tranquilidad. Sabía que en las ollas de su vecino se cocinaba con la misma agua que en las suyas y que las antigüedades que exhibía —como las suyas— no habían sido desenterradas después de dos mil años de tumba de cenizas.

Y es así que sin que intervinieran sus propósitos ni sus intenciones, Norberto Hanold había sido transportado en pocos días desde Alemania del Norte a Pompeya. En el Diómedes no había demasiada gente pero sí muchas moscas comunes, la *musca domestica communis*. Nunca había probado su sensibilidad para saber si podía apasionarse pero sintió que en él estallaba el odio más violento contra esos insectos. Creía que la naturaleza no había creado nada peor en su maldad. Por eso y solo por ellas prefería el invierno al verano, considerándola la única estación donde se podía mantener la dignidad humana, además parecían la prueba innegable de la desarmonía racional del mundo. Ahora volvían a recibirlo aquí y otra vez estaba tan indefenso como meses antes en su país. Se precipitaron sobre él, como sobre la víctima esperada, eran docenas, le revoloteaban delante de los ojos, le zumbaban en los oídos, se le enredaban en el pelo, le caminaban por la nariz, la frente y las manos y le producían cosquillas. Le recordaban las parejas de novios y creía que en su idioma también debían decirse: "Mi incomparable Augusto", "Mi divina Greta". Tanto era su tormento que deseaba un *scacciamosche*, una especie de paleta para espantar y matar moscas encontrada en una sepultura y que había visto en el museo etrusco de Bolonia. Es

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar

decir que ese inmundo bicho era el azote de la humanidad desde antiguo, más dañina y más feroz que los escorpiones, las serpientes venenosas, los tigres y los tiburones, ya que todos estos animales sólo buscan lastimar, destrozar y devorar el cuerpo humano y hay posibilidad de cuidarse de ellos con una actitud precavida. Pero a la mosca común nada la detenía, no había forma de protegerse y molestaba, aniquilaba, distraía en cualquier hombre inteligente su capacidad de trabajar y de pensar e inhibía sus impulsos y sentimientos sublimes. No quería calmar su hambre ni tenía el impulso de matar sino el diabólico deseo de torturar. Era la "cosa en sí" en la que el mal absoluto había encontrado su concreción y su expresión. El *scaccia-mosche* etrusco —un mango de madera con un manojo de correas finas— lo atestiguaba: habían ahuyentado la mejor poesía de la cabeza de Esquilo, habían desviado la mano de Fidias al golpear con el cincel, anduvieron con sus patas por la frente de Zeus, sobre el pecho de Afrodita, sobre las diosas y dioses del Olimpo, de la cabeza a los pies. Norberto pensó con toda su alma que un hombre debía valer antes que nada por las moscas que a lo largo de su vida y erigido como vengador de la raza humana desde siempre había matado, aplastado, quemado y hecho polvo gracias a diarias catástrofes.

Pero para conquistar la gloria en ese momento carecía de armas apropiadas. Y como los héroes de la antigüedad si sólo contaban con sus fuerzas huían ante enemigos comunes pero numéricamente superiores, Norberto levantó campamento, es decir, salió de su cuarto. Apenas salió se dio cuenta que había hecho en pequeño lo que al día siguiente debía hacer en grande.

Además Pompeya no era el refugio sereno que había pensado. Y a esto se agregaba otro sentimiento y era que su disgusto no dependía únicamente de circunstancias exteriores, sino que tenía en parte un origen íntimo.

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar

Las moscas siempre lo habían resultado insoportables pero nunca lo habían enfurecido tanto. Era seguro que el viaje lo había irritado y además durante el invierno había estado muy encerrado y con un exceso de trabajo. Estaba malhumorado porque le faltaba algo y no podía precisar qué. Y ese malhumor lo lleva a todas partes. Y las jóvenes parejas y las moscas que pululaban a su alrededor no contribuían a hacerle agradable la vida a nadie. Y a menos que se dejase envolver por esa misma superficialidad debía admitir que él también vagaba sordo y ciego, sin ton ni son a través de Italia y con mucha menos capacidad de distraerse. Y su acompañante, la ciencia, parecía una vieja monja: solo hablaba si le dirigían la palabra y él ya casi ni se acordaba cómo había que hablarle.

Ya era tarde para que pudiera entrar en Pompeya por el *Ingresso*. Norberto recordó que la ciudad estaba rodeada por viejas murallas y las buscó a través de todo tipo de zarzas y matorrales. Así caminaba al lado de la ciudad-tumba que se erguía a su derecha, inmóvil y muda. El sol poniente ya se hundía en el Tirreno pero aún desparramaba su vivificante luz sobre las montañas y los valles. Le daba un tono dorado al penacho de humo del Vesubio y cubría de púrpura las cumbres y crestas del monte Sant'Angelo. Altivo y solo el monte Epomeo surgía por sobre el mar azul y espejeante de donde brotaban destellos de luz y aparecía la inmensa construcción del cabo Misena. Por donde se mirara podía componerse un conjunto bellísimo donde lo imponente se unía con lo armónico, el solemne pasado con el feliz presente. Norberto Hanold creyó que allí iba a encontrar ese indefinible deseo que lo impulsaba pero no se encontró en el estado de ánimo que esperaba. Y sin embargo, no había ni parejas de recién casados ni moscas pero la naturaleza no podía ofrecerle lo que le faltaba. Miró con una serenidad parecida a la indiferencia ese

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar

estallido de belleza y no sintió nostalgias de ella cuando el sol la hizo desaparecer. Volvió al Diomedes en el mismo estado en que había salido.

Pero ya que estaba en Pompeya por un impulso irreflexivo se decidió a lograr por lo menos algún provecho científico. Bien temprano, apenas abrieron el *Ingresso*, se internó en las ruinas. Adelante y detrás de él avanzaban los huéspedes de los hoteles con el infaltable guía, su Baedecker o las semejantes extranjeras, deseosos de excavar clandestinamente por su cuenta. Por las charlas que resonaban en la claridad de la mañana casi todos eran ingleses o anglosajones. Más allá del monte Sant' Angelo, en Pagano, las parejas desayunaban con manifestaciones de felicidad absolutamente alemanas. Norberto sabía que una propina lo liberada del guía y le permitía realizar sus intenciones. Con gran satisfacción comprobó su memoria: reencontraba todos los detalles que recordaba como si los hubiera estudiado detalladamente el día anterior. Esto lo llevó a pensar que no hubiera necesitado llegar hasta esos lugares; y al igual que la tarde anterior volvió a sentirse invadido por una total indiferencia de los sentidos. Aunque apenas levantaba la vista tropezaba con el Vesubio y su penacho de humo ni una sola vez pensó —y esto era bastante especial— en el sueño que había tenido hacía poco, en el que presenciaba la erupción que sepultó a la ciudad en el año 79. Después de dar vueltas durante horas se sintió cansado pero tuvo la sensación de encontrarse en el escenario de un sueño. Solo lo rodeaban antiguos pórticos, murallas o columnas de gran interés arqueológico pero sin ningún sentido esotérico. Eran ruinas muy bien conservadas y por eso mismo un poco desabridas.

Y aunque ciencia y sueño suelen ser opuestos ahora

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar

parecían haberse unido para abandonar a Norberto Hanold, sin ayuda, en su vagabundear.

Caminó desde el Forum al anfiteatro, desde la Porta di Stabia hasta la Porta del Vesubio, por la calle de las tumbas y por las innumerables vías mientras el sol iba cumpliendo su camino y había llegado al punto en que acostumbra a cambiar su ascenso por un declive hacia el lado del mar. De esta manera les indicaba a los turistas que había llegado el momento de instalarse cómodamente alrededor de las mesas de los hoteles, todo esto con gran alivio de sus guías a los que no habían comprendido aunque hablaran hasta por los codos. Y además ya habían visto lo suficiente como para poder conversar del otro lado del océano o de la Mancha. Agotados de tanta antigüedad se retiraban en un todo de acuerdo por la vía Marina, para encontrar buena ubicación en las mesas de alguno de los dos hoteles que por cierto no tenían nada que ver con las de Lúculo. Sin duda era una posición correcta porque si bien el sol del mediodía siente amistad por los lagartos y las maripposas, por los insectos o los reptiles de las ruinas, volcaba sus rayos a plomo sobre las *miss* y las *mistress* sin ninguna contemplación. Y hay que aceptar que éste establecía una relación de causa efecto porque durante la última hora habían disminuido los *charming* para dar paso a los *schockings* y los *aohs* masculinos que salían de bocas cada vez más abiertas y más cercanas al bostezo.

Era extraño ver cómo todo lo que alguna vez había sido la ciudad de Pompeya iba tomando otro aspecto a medida que se operaba este éxodo. Por supuesto, no era una ciudad viva pero sólo en ese momento parecía inmovilizarse con rigidez cadavérica. Pero algo que surgía de ella misma hacía pensar que la muerte hablaba, aunque no para oídos humanos. Entre las piedras parecía crecer un murmullo que sólo revelaba el dulce susurrar

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar

del Atabulus, el viento del sur, que ya hacía dos mil años había murmurado de la misma manera entre el templo, el mercado, las casas y que ahora revoloteaba entre esas ruinas cubiertas de hierbas. Este viento que venía desde la costa de Africa solía precipitarse antes en furiosas ráfagas. Hoy sólo acariciaba con dulzura a sus viejos amigos que habían vuelto a la luz; pero todavía era el hijo del desierto que abrasaba con su aliento a quien encontrara, a pesar de la suavidad de su brisa. Ese joven eterno, el sol, que era su padre, lo ayudaba dando calor a su soplo, llegaba a los lugares que él no alcanzaba y volcaba sobre todas las cosas esa luz brillante, enceguecedora y estremecida. Su filo de oro había sesgado la poca sombra que quedaba al lado de las casas de la *semitae* y de las *crepidines viarum*, que era el nombre antiguo de las veredas. Derramaba sus rayos en todos los *vestibula* y los *atria*, en los *peristyla* y en las *tablina*, y donde lo frenaba alguna saliente del techo lograba tirar sus fulgores por debajo. Casi no había rincón que lograra defenderse de la invasión de luz y conseguir una plateada penumbra. Entre las viejas murallas parecía que en las calles se habían puesto a secar inmensas piezas de tela de deslumbrante blancura. Y todo estaba inmóvil y en silencio. Hasta el último de los ruidosos viajeros de América o de Inglaterra había desaparecido y hasta se borró la imagen de vida que dieran lagartos y mariposas. Aunque no podían haber abandonado la ciudad en ruinas no se sospechaba la presencia de uno solo. Como lo hicieron millares de años antes sus antepasados, los de las montañas y de las rocas, estos animales se tendían inmóviles, o cerraban sus alas, para acompañar al gran Pan sin turbar su reposo. Y era como si en este lugar respetasen más que nunca la serenidad ardiente y sagrada del mediodía, de la hora de los espectros cuando la vida calla y se oculta porque los muertos despiertan y hablan en la lengua muda de los fantasmas.

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar

Este cuadro no conmovía tanto la vista como el sentimiento, a un oscuro sentido, pero con tanta fuerza y de una manera tan total que la persona que lo tuviera sería incapaz de sustraerse a sus efectos. En realidad no había casi posibilidades de que alguno de los turistas, ocupados en ese momento en su sopa, estuviesen dotados de él. Como tampoco interesaba que la naturaleza le hubiese otorgado tal don a Norberto Hanold y lo hubiese destinado a experimentar sus efectos. Además no lo ejercía con agrado porque lo que deseaba era sólo una cosa: estar tranquilo en su cuarto, con un buen libro en la mano, en lugar de haberse embarcado —y sin motivo— en este viaje primaveral. Pero apenas había llegado al centro de la villa desde la puerta de Hércules por la vía de las Tumbas y había tomado sin darse cuenta un angosto *vicolo* a la izquierda de la Casa di Salustio, cuando ese sexto sentido se hizo sentir en él. O con más exactitud por ese sentido se vio transportado a una disposición de ánimo soñadora equidistante de la lucidez y de la inconsciencia. El silencio de muerte bañado en luz se extendía a su alrededor como si en todas partes reinara el misterio pero sin manifestarse ni en un suave aliento a tal punto que él mismo no se animaba a respirar. Estaba en el cruce del vicolo di Mercurio con la strada di Mercurio. Esa vía ancha que cortaba el pequeño camino se extendía a derecha e izquierda hasta donde llegaba la vista. Como el lugar estaba bajo el patrocinio del dios del comercio, en otro tiempo en sus esquinas debieron asentarse el comercio y la industria. A ambos lados de la calle se veían las *tabernae*, con sus mesas de mármol quebrados; aquí podía sospecharse una panadería, más allá las vasijas de greda, redondas y grandes mostraban que ahí se comerció con aceite y harinas. Una estantería mostraba ligeras ánforas señalando que esa pieza había sido un despacho de vinos. El efecto del roce continuo de los pasos de la multitud había des-

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar

gastado el mosaico incrustado en la *semita* al frente de la tienda y había borrado la inscripción. Era seguro que había señalado a los transeúntes las maravillas del *vini praccellentis*. En la pared de enfrente a la altura de la cintura de un hombre algún niño con las uñas o con un clavo había garabateado unas palabras: decían que el vino del mesón era tan bueno por la cantidad de agua que le agregaban.

Para Norberto Hanold en la pared se leía la palabra *caupo* pero a lo mejor sólo era una ilusión, no podía asegurarlo. Era hábil para descifrar esos graffiti y había tenido grandes éxitos en ese terreno, pero en ese momento su capacidad lo había abandonado. Además tenía la absoluta sensación de no saber nada de latín y de que era inútil tratar de descifrar lo que hacía dos mil años había escrito en la pared un colegial pompeyano que estaría en cuarto grado. No sólo había huido de él toda su ciencia, sino que no tenía el menor deseo de recuperarla, pues su recuerdo de ella era lejanísimo, como pudiera ser el de esas viejas parientas, momificadas y tediosas, a las que se considera como los seres más inútiles y coriáceos de la tierra.

Todo lo que podían decir esos secos labios simulando sabiduría con suficiencia, todo eso, no era más que vanidad sin sentido que sólo mostraba el exterior resecado de la ciencia sin ofrecer sus jugosos frutos, su real espíritu y contenido, sin ser capaz de proporcionar la alegría de una íntima comunicación. Lo que enseñaba es una fría concepción arqueológica expresada en un muerto idioma filológico e insuficiente para llegar a la comprensión del alma de las cosas. Aquel que sienta el anhelo de adentrarse en la íntima realidad de Pompeya habrá de pasear solitario a esa ardiente hora meridiana entre los restos del pasado y mirar y oír con algo más de sutil capacidad de percepción que los ojos y los oídos.

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar

Sólo entonces verá despertar de nuevo a los muertos y Pompeya comenzará a vivir ante él.

Norberto Hanold no tenía pensamientos paganos pero con la secreta esperanza de tenerlos miraba inmóvil hacia la strada de Mercurio.

El pavimento de la vía estaba formado por los bloques de lava tal como habían caído en el momento de la erupción y eran de color gris, pero la luz enceguecedora del sol los hacía aparecer como una plateada cinta en el espacio libre entre las ruinas de murallas y columnas.

Y entonces...

Miraba la calle con los ojos bien abiertos pero le parecía estar soñando. De pronto frente a él hacia la derecha y un poco más abajo, alguien había salido de la casa de Castor y Polux y sobre las losas que se extendían fuera de esa casa avanzaba Gradiva con su leve paso.

No había dudas, era ella. El sol envolvía sus formas en un velo dorado pero la veía con claridad y ella le mostraba el mismo perfil que en el bajorrelieve. El rostro inclinado suavemente hacia adelante, un velo le cafa desde la cabeza y levantaba con su mano izquierda el ruedo del vestido que sólo le llegaba a los talones. Al caminar el pie que quedaba atrás se levantaba sobre la punta en posición casi vertical. Pero no era un ser de piedra sin gracia ni color. El vestido era de una tela liviana de color cálido, casi amarillo, sin ninguna frialdad marmórea. Los cabellos suavemente ondulados bajo el pañuelo, con su tono hacían resaltar la tez alabastrina. Al verla Norberto recordó que ya la había visto allí —en sueños— la noche que se recostó en el Forum, sobre las gradas del templo de Apolo, como para dormir. Este recuerdo del sueño lo hizo darse cuenta de algo que hasta el momento no había tenido conciencia. Si, aún ignorando el impulso interior que lo había decidido a emprender el viaje, había partido para Italia, y sin de-

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar

tenerse en Roma ni en Nápoles, había llegado hasta Pompeya, fue con el propósito de buscar en esa ciudad las huellas de su Gradiva. Y precisamente las huellas en el real y estricto sentido de la palabra, pues el característico paso de la fantástica beldad debía haber dejado una impronta inconfundible en la ceniza de las calles pompeyanas.

Y frente a él, en pleno mediodía, volvía a moverse esa figura de sueño que, sin embargo, era una realidad. La prueba de esa realidad fue un lagarto que estaba estirado al sol con su cuerpo de oro y malaquita y que huyó de un salto con un ágil movimiento cuando los pasos de Gradiva se acercaron a la losa donde estaba. Gradiva cruzó la calle con su impávida agilidad y siguió su camino. Ahora le daba la espalda a Norberto. Parecía que iba hacia la casa de Adonis, que estaba al frente, pero se paró un momento, tal vez cambió de idea, y siguió por la calle de Mercurio. Por ese camino sólo podía ir hacia la casa de Apolo, que estaba a la izquierda y Norberto pensó enseguida que no era la primera vez que elegía ese templo, ya había ido a él para dormir su sueño eterno. Algo debía unirla al dios del sol y a su culto y por eso, tal vez, se dirigía a su casa. Pero Gradiva volvió a detenerse. Eligió las losas del lado derecho para seguir su camino. Norberto vio entonces su otro perfil y experimentó una nueva sensación. De esta manera veía también su brazo derecho —el izquierdo que sostenía el vestido quedaba oculto— que en vez de estar plegado pendía en línea recta. A lo lejos el sol la rodeaba de un velo más difuso y así de pronto la vio desaparecer frente a la casa di Meleagro sin que pudiera darse cuenta por dónde.

Norberto Hanold se quedó inmóvil, incapaz de un solo movimiento. Pero conservaba en sus ojos y en todo el cuerpo la visión de esa figura que desparecía. Y entonces pudo respirar hondo. Pero pese a todo su sexto sen-

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar

tido lo dominó y lo invadió totalmente. ¿Era una joven real o era sólo un fantasma de su alucinación?

No podía distinguir ni comprobar si estaba despierto o dormido. Y un temblor especial lo recorrió. Aunque nada veía ni oía una sensación oscura le hacía sentir que Pompeya renacía a su alrededor en esa hora cálida y divina y que Gradiva acababa de entrar en la que fue su casa hasta el aciago día de agosto del año 79.

Del viaje anterior conocía la casa di Meleagro pero en éste todavía no había ido. Le había bastado con contemplar en el museo de Nápoles el fresco que dio nombre a la casa cuando lo descubrieron, el de Meleagro y su compañera de caza, la Atalanta Arcadiana. Cuando logró ponerse en movimiento y fue hasta la casa pensó que tal vez su nombre no se debía al cazador calidoniano que había vivido casi un siglo antes de la destrucción de la ciudad. Pero tal vez alguno de sus descendientes emigró e hizo construir la casa. Tan seguro estaba del origen griego de Gradiva que vio confirmada su hipótesis y recordó la descripción que Ovidio hace de Atalanta en su Metamorfosis:

El bruñido broche cierra con su alfiler el cuello de su túnica.
Sus cabellos se atan, sin artificios, con un solo nudo.

No recordaba los versos de memoria sino vagamente. Y aunque su ciencia le señalaba que la esposa de Meleagro, hijo de Eneas, se llamaba Cleopatra, estaba seguro de que no se trataba de él sino del poeta griego del mismo nombre. Y bajo el sol despiadado de Nápoles todas las ciencias se confundían en su cabeza.

Pasó por las casas de Castor y Polux y por la del Centauro y llegó a la de Meleagro en cuyo umbral aún se leía el saludo: Ave. En las paredes del vestíbulo la Fortuna recibía de manos de Mercurio una bolsa de plata

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar

en alegórica bienaventuranza y fortuna para los de la casa. Atrás, en el patio había una mesa de mármol sostenida por grifos.

El lugar donde estaba, abandonado y en silencio, le era totalmente desconocido, no lo recordaba. Trató de hacerlo sobre todo porque en esa casa es en la única de la ciudad donde el peristilo estaba a la izquierda y no detrás del atrio y por eso era más grande y con una suntuosidad que no se encuentra en ninguna otra casa pompeyana. Está enmarcado por un pórtico con veinticuatro columnas rojas en la parte inferior y blancas arriba. Esa gran sala desierta tenía una presencia solemne. En el centro había una fuente. Estos detalles indicaban que su dueño había sido un hombre importante, educado en la buena sociedad y en el gusto por el arte.

Norberto escuchó con atención pero nada oyó. Entre esas piedras no había vida ni sonido. Si en esa casa había entrado Gradiva se había esfumado en la nada.

Detrás del peristilo estaba el *oecus*, la sala destinada antiguamente a fiestas, con columnas pintadas de amarillo que desde lejos brillaban como oro. Al pie de estas columnas se veía un color rojo muy vivo pero no obra de un pincel antiguo sino de la actual naturaleza. Los mosaicos del piso interior estaban totalmente destruidos pero eran una sola y compacta mancha de flores. Mayo desplegaba su poder y volvía a cubrir las casas destruidas de la ciudad muerta con amapolas rojas, semillas traídas por el viento que habían germinado en las cenizas. Parecía un compacto y movedizo mar de flores pero éstas permanecían inmóviles porque el Atabulus no soplaba tan bajo y sólo susurraba por encima de las ruinas. Pero el sol brillaba tanto que parecía que por todos lados ondulaban ondas rojas, como el agua de un estanque.

Norberto Hanold ya conocía este cuadro en las casas derruidas pero en ese momento lo recorría un temblor.

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar

Las flores del sueño crecían en la orilla de las aguas del Leteo e Hypnos tendido en medio de ellas distribuía los jugos que la noche había depositado en sus cálices rojos y que hacían caer a los espíritus en el sueño crepuscular. Ese tradicional vencedor de hombres y de dioses parecía haber tocado con su vara al joven arqueólogo porque si bien no dormía, su conciencia vagaba en la ensoñación. Sin embargo, podía manejar sus pasos y caminaba alrededor de la sala de fiestas mirando los frescos en los que Paris entregaba la manzana y un sátiro asustaba a una bacante con un aspid.

Y de improviso volvió a surgir ante Norberto. A unos pasos, protegida por la delgada sombra que proyectaba el arquitrabe que aún conservaba el pórtico, sentada entre dos columnas amarillas estaba una muchacha vestida de colores claros que en ese momento levantó la cabeza. De esta manera Norberto vio su rostro, que despertaba en él el sentimiento de resultarle conocida y desconocida a la vez, como si ya hubiera estado ligada a su vida y como si la hubiera soñado tal cual era. Pero su ahogo y los latidos de su corazón le indicaron de manera innegable a quien tenía delante de él. El viaje a Pompeya y su búsqueda habían logrado sus fines: Gradiva volvía a la vida en la hora de los muertos y estaba sentada frente a él como ya se la había mostrado su sueño: Sobre sus rodillas tenía extendido algo muy blanco cuya naturaleza no pudo determinar Hanold a primera vista, pero que le pareció ser una hoja de papiro.

El rostro de Gradiva reflejaba sorpresa; en esa tez transparente los ojos que tenían tanta luz como las estrellas, lo miraban colmados de interroganies. El reconoció enseguida que eran los mismos rasgos que había visto de perfil. Por eso no le resultaron extraños. Más de cerca su traje era aun más amarillo y la tela muy liviana, por eso tenía tal cantidad de pliegues. El velo que cu-

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar

bría la cabeza era de la misma tela y sobre la nuca dejaba ver los cabellos recogidos con simplicidad. El vestido estaba cerrado por un broche de oro, debajo del mentón.

Norberto Hanold vivía todo esto en estado de semiconciencia. Se sacó el panamá y le dijo en griego:

—¿Eres Atalanta, hija de Jasos o perteneces a la familia del poeta Meleagro?

Después de oír sus palabras Gradiva lo miró, no contestó, y nada pareció haber alterado la expresión tranquila y discreta de sus ojos. Norberto pensó dos posibilidades: o que no podía hablar, por ser un fantasma, o que no tenía un origen griego y por lo tanto ignoraba esa lengua. Le preguntó entonces en latín:

—¿Eres hija de algún prestigioso pompeyano y de origen latino?

Gradiva no respondió pero un leve temblor recorrió sus labios como si contuviera los deseos de reír. Norberto se convenció de que tenía frente a él a una resucitada del mediodía que no podía hablar, y su rostro evidenció el espanto que esta situación le producía.

Pero la mujer no pudo contener su sonrisa por más tiempo mientras le decía:

—Si quiere que lo comprenda háblemo en alemán.

Cualquiera que no estuviera en el mismo estado de ánimo que Hanold hubiera notado qué extraña era esa frase en boca de una pompeyana muerta en el año 79. Pero él estaba dominado por otros sentimientos y no podía notarlo, lo inundaba la impresión de que Gradiva pudiera hablar y la claridad de su voz tan transparente como su mirada. Su timbre era bajo y recordaba el tañido de una campana que sonara en medio del silencio de las amapolas. El joven recordó que ya la había escuchado en su imaginación y sin quererlo dijo:

—Ya sabía yo que tu voz resonaba así.

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar

La expresión de la joven mostraba que quería comprender algo y no lo lograba. Contestó:

—Cómo lo sabía si nunca hemos hablado antes.

No lo sorprendió ni el alemán ni el usted moderno. Si ella lo trataba así es porque no podía ser de otra manera y respondió rápidamente:

—No, no hemos hablado. Pero te llamé cuando te echaste a dormir y estuve a tu lado. Tu rostro era tan serenamente bello como si fuese de mármol. Te lo ruego. Reclínate de nuevo sobre la grada.

Mientras decía esto una mariposa dorada levemente teñida de rojo salió de entre las amapolas y después de revolotear por las columnas se posó en los cabellos apenas ondulados de Gradiva, por encima de la frente. Pero en el mismo momento ella irguió su cuerpo ágil y esbelto y se levantó con un movimiento apacible y veloz. No dijo nada pero miró a Norberto como diciéndole que le parecía un enloquecido. Pudo verla alejarse por un instante y luego pareció que se la tragaba la tierra. El quedó petrificado porque de un modo muy vago había comprendido lo que acababa de suceder. El mediodía ya había pasado y un mensajero alado del campo de asfódelas del Hades —la mariposa— vino a recordarle a la muerta que debía volver. Además se acordó que ese tipo de mariposa se llamaba Cleopatra, el mismo nombre de la esposa de Meleagro de Calidonia, que ante la muerte de su esposo y como no pudo soportar el dolor se inmoló a los espíritus oscuros.

Mientras Gradiva se alejaba, Norberto logró decirle:

—¿Volverás mañana a tu hora del mediodía?

Ella no contestó, siguió caminando y desapareció enseguida por la esquina del cecus. Se sintió estremecido y empezó a seguirla pero sólo vio el reflejo de sus vestidos y quedó en medio de la soledad quemante y silenciosa de la casa de Meleagro. Sólo Cleopatra revoloteaba con sus alas de oro rojizo sobre el campo de amapolas.

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar

Norberto Hanold nunca pudo recordar cómo logró volver al Ingresso. Solo sabía que ya bien tarde su estómago le reclamó algo de comer y que luego se puso a caminar sin rumbo fijo. Finalmente llegó a una playa al norte de Castellamare, cerca del monte Sant' Angelo y del Epomeo, por el lado de Sorrento y se quedó allí hasta la caída del sol, sobre un bloque de lava mientras el aire de mar le azotaba la cara. Pero el haber estado varias horas a orillas del mar no le resultó beneficioso ni aquietó su espíritu. Volvió al hotel igual que a la tarde. Los otros huéspedes ya estaban comiendo; el se sentó en un rincón con un *fiaschetto* de vino del Vesubio y se quedó observándolos. Por sus gestos y sus palabras era seguro que nadie se había cruzado con una pompeyana resucitada y que por lo tanto tampoco habían conversado con ella. Además podía haberlo sospechado desde antes porque a la hora en que aparecen los muertos ellos estaban almorzando. Después y al parecer sin motivos fue al otro hotel, el competidor del Diomedes, pidió otro vino, por pedir algo y también se dedicó a observar a la gente, con el mismo resultado anterior. Pero a raíz de esto pudo conocer de vista a todos los turistas que en ese momento estaban en Pompeya. Y aunque esto no acrecentaba sus conocimientos le daba cierta satisfacción porque con todos ellos —oyéndolos o mirándolos— había entablado una relación. No importaba que esta relación fuera unilateral. Hay que tener bien en claro que en ningún momento se le había ocurrido la ridiculez de pensar en encontrar a Gradiva entre ellos, pero podía jurar que además ninguno de los que había observado tenía la más lejana semejanza con ella. Mientras manejaba estos pensamientos tomó todo su vino, de a pequeños tragos. Cuando decidió volver al Diomedes el cielo estaba cuajado de una multitud de estrellas brillantes. Para Norberto Hanold no tenían la ubicación de siempre porque Perseo, Casiopea, Andrómeda y las que estaban a

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar

su alrededor giraban en una danza lenta. Tampoco los edificios y las siluetas de los árboles recortadas en la oscuridad, se mantenían del todo derechos. Pero en esa región sacudida desde siempre por el fuego subterráneo que también se enseñoreaba de las uvas con las que se hacía el Vesubio, tal fenómeno no llamaba la atención. Pero en verdad Norberto Hanold no solía tomar ese vino por las noches. Y aunque estaba dispuesto a otorgarle al vino su participación en ese sacudimiento recordaba que al mediodía había sentido lo mismo aunque no había probado una gota de Vesubio. Esta situación le parecía la continuación de la anterior. Ya en su cuarto, desde la ventana miró el volcán que en ese momento no estaba coronado por el penacho de humo sino por nubes rojizas y fluctuantes. Después, a oscuras, se desvistió y se acostó. Pero no se acostó sobre la cama del hotel sino sobre un campo de amapolas rojas en el que se hundió como en un luminoso y blando colchón. Su enemiga, la musca doméstica communis, dominada por la oscuridad esperaba sobre la muralla, en un enjambre que llegaba al medio centenar. Una sola de ellas se despertó dispuesta a torturarlo y empezó a zumbarle alrededor de la nariz. Pero él, adormecido, no pensó que era el inmemorial flagelo de la humanidad, el mal, sino que la tomó por una Cleopatra que agitaba sus alas alrededor de él.

Cuando al día siguiente la fuerte luz del sol con la ayuda de las moscas lo despertó, no recordaba las metamorfosis dignas de Ovidio que se habían producido en su cuarto. Pero alguien debió unir sus sueños a los de él porque sentía pesadez y estaba un poco confuso, como si todo su saber le colmara la cabeza sin poder salir y de lo único que era consciente era de su cita en la casa de Meleagro, al mediodía. Y de pronto tuvo miedo de que si los cuidadores lo miraban con atención no lo dejarían entrar.

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar

Pero no necesitaba arriesgarse a la mirada de esos hombres. Todo el que conocía Pompeya sabía cómo evitarlos, aunque por medios ilícitos, pero Norberto no estaba en condiciones de pensar en esas cosas para decidir qué hacer. Trepó hasta las viejas murallas y con un gran rodeo llegó a la Porta di Nola, que no tenía vigilancia. Desde allí era fácil entrar y no sintió nada por quitarle a la administración las dos liras de la entrada que además, podía restituirla de mil maneras. Sin que nadie lo viera había llegado hasta un barrio pompeyano que nadie visitaba porque sus ruinas aún no habían sido excavadas del todo.

Se sentó a la sombra, en una especie de refugio, para esperar la hora. Consultaba su reloj cuando vio a lo lejos una figura luminosa y plateada que no podía distinguir bien por la pesadez de la atmósfera. Sin decidirlo fue hasta ese objeto y se encontró con una planta de asfódelos cuajada de flores. Su semilla había llegado hasta allí traída por el viento. Era la flor del mundo subterráneo y sintió que había crecido en ese lugar sólo para él. Cortó una rama y volvió a su lugar.

El sol de mayo era cada vez más fuerte. Empezó a caminar por la strada di Nola, muerta y silenciosa como casi todas las otras. Hacia el oeste y lejos podía verse a todos los turistas que ya se dirigían con apuro hacia la Porta Marina en busca de sus almuerzos. La atmósfera ardiente se estremecía y Norberto con sus asfódelos en la mano parecía la solitaria imagen del Hermes Psicopompo con ropa moderna, dispuesto a escoltar hacia el Hades el alma de un muerto.

Sin tener plena conciencia de lo que hacía llegó a la calle de Mercurio a través de la Strada della fortuna, dobló a la derecha y se encontró en la casa di Meleagro. Estaba tan silenciosa y vacía como el día anterior. Entre las columnas del peristilo seguían balanceándose las amapolas. No podía decir si hacía un día o dos mil años

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar

que había ido a pedirle datos al propietario, lo que hubiera sido de un gran valor arqueológico. Pero no podía ni considerarlo porque no le importaba y porque en ese momento, para él, la arqueología carecía de sentido. Le parecía imposible que alguien se pudiera ocupar de ella porque para él sólo existía una cosa hacia la que tendían todos sus pensamientos: de qué sustancia podía ser la aparición corpórea de un ser como Gradiva que simultáneamente está muerta y sólo durante la hora meridiana viva, y a lo mejor sólo el día anterior y a lo mejor sólo una vez en cada siglo o en cada milenio. Y de pronto pensó que su visita era inútil. La que esperaba no llegaría porque no le permitirían volver sino años después cuando él mismo estuviera enterrado, y olvidado. Pero mientras caminaba al lado de la pared donde estaba pintado Paris ofreciendo la manzana, volvió a ver a Gradiva con el mismo traje del día anterior, sentada en el mismo lugar entre las columnas amarillas. No iba a dejarse atrapar por la fantasía, sabía que era presa de un espejismo que volvía a ofrecerle lo que el día anterior había visto realmente. Pero no pudo dejar de entregarse a la efímera imagen creada por su imaginación. Se había quedado clavado en su sitio y sin darse cuenta, dijo en tono quejumbroso:

—¡Oh! ¡Lástima que estés muerta y no existas!

Se apagó su voz y un silencio no quebrado por aliento alguno cayó de nuevo sobre el antiguo salón de fiestas. Pero se oyó otra voz que le dijo:

—Pareces cansado. ¿No quieres sentarte?

Norberto Hanold volvió a sentir un vuelco de su corazón. Trató de reunir todo el raciocinio del que aún disponía: los aparecidos no hablan, pero podía estar sufriendo alguna ilusión acústica. Se apoyó en una de las columnas y la miró con atención.

Volvieron a preguntarle y esa voz sólo Gradiva la poseía:

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar

—¿Me traes flores?

Quedó desconcertado. Casi no se podía tener en pie. Se dejó deslizar por la columna hasta quedar sentado en la grada de mármol. Ella lo miraba con sus ojos claros, con fijeza, pero con una expresión totalmente distinta a la que le había visto cuando se despidiera de pronto el día anterior. No parecía estar ni molesta ni distante y parecía que la curiosidad la había llevado a ese sitio. Además comprendía que el tratarse de usted no correspondía al momento. Había usado el tú con toda naturalidad, sin problemas. Pero como él seguía mudo volvió a hablarle:

—Ayer me dijiste que estabas a mi lado cuando me dispuse a dormir y que mi rostro era marmóreo. ¿Cuándo fue? No lo recuerdo, cuéntamelo con claridad.

Norberto había reaccionado y pudo decir:

—La noche que en el templo de Apolo te cubrió la erupción del Vesubio.

—Ah, sí, claro. No me acordaba. Pero debí imaginarlo. Ayer al hablarme me dejaste sorprendida, pero lo que me cuentas creo que ocurrió hace dos mil años. ¿A pesar de tu juventud ya vivías en aquella época?

Aunque hablaba con <u>mucha</u> seriedad una sonrisa jugueteó en sus labios. El estaba muy confundido y le contestó con ciertas dudas:

—No creo que... no... no debo haber vivido en el año 79. Pero tal vez... el estado de ánimo que se llama sueño me hizo vivir esos días de Pompeya... Apenas te vi supe quién eras.

—¿En sueños? ¿Y cómo?

—Sobre todo, por tu manera tan especial de caminar...

—¿Es lo que más te ha impresionado? ¿Camino de manera especial?

Parecía muy sorprendida y él le contestó:

—¿Y no lo sabías? De todas las mujeres que he conocido eres la que camina de manera más graciosa.

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar

Pero además te hubiera reconocido por tu traje, tu cara, tu cuerpo. Eres idéntica a como te vi en el bajorrelieve que está en Roma.

—Sí, sí, —dijo ella en el mismo tono— mi bajorrelieve en Roma, sí, pero no me doy mucha cuenta. ¿Tú lo has visto? ¿Cómo es?

Le contó cuánto le había gustado ese bajorrelieve y como se asombró al encontrar la reproducción en Alemania que desde hacía tanto colgaba en una de las paredes de su cuarto. Cómo al mirarla todos los días pensó que era una joven pompeyana y cómo su sueño le confirmó esa idea. Y ahora reconocía que ese sueño lo había empujado a la ciudad para redescubrir los pasos de Gradiva. Y el día anterior ella caminaba por la calle de Mercurio como una aparición. Pensó que otra vez hacía el camino hacia el templo de Apolo, cuando se dio vuelta y entró en la casa de Meleagro.

Ella asintió y dijo:

—Sí, iba a visitar la casa de Apolo, pero vine hacia aquí.

El continuó:

—Por eso recordé al poeta griego Meleagro y pensé que eras una de sus descendientes que a la hora que te es permitido volvías a tu hogar paterno. Pero no me comprendiste cuando te hablé en griego.

—Ah ¿era griego? No lo sé o lo he olvidado... pero en cambio entendí muy bien lo que has dicho hoy, tu deseo de encontrar a alguien aquí y vivo. Pero no sé quién es ese alguien.

Norberto le explicó que al verla hoy de nuevo pensó que era una alucinación y que su imaginación le tendía una trampa haciéndole creer que estaba ahí. Ella se rió y le contestó:

—Creo en verdad que tendrías que tener cuidado de tu imaginación tan rica. En cambio yo no pienso lo mismo de nosotros dos.

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar

se calló un momento y luego dijo:

Me has hablado de mi manera de caminar. ¿Cómo camino?

Era evidente que insistía sobre algo que le había provocado mucho interés. Norberto trató de explicarle:

—Te pediría... si quisieras... pero se detuvo porque de pronto recordó con horror que el mediodía anterior ella se había levantado y había desaparecido cuando le pidió que volviera a recostarse en la gradería y asociaba este recuerdo, aunque no con claridad, con la manera cómo lo había mirado al irse.

Pero hoy sus ojos seguían calmos y al ver que él se callaba le dijo:

—Fue muy gentil de tu parte desear que estuviera viva... por eso puedes pedirme lo que quieras, lo haré gustosa.

Norberto se serenó y le contestó:

—Sería inmensamente feliz si te viera caminar como en tu retrato, tan de cerca.

Ella se levantó en silencio y caminó un trecho. Era su mismo paso, ágil y suave, que él llevaba grabado en su espíritu. Pero al mirarle los pies, gracias al vestido recogido se dio cuenta de que no usaba sandalias sino unos zapatos color arena. Cuando ella volvió a sentarse, siempre en silencio, él habló de la diferencia de zapatos. Ella le contestó:

—El paso del tiempo cambia todo y hoy son más cómodos los zapatos. Protegen del agua y de la tierra. ¿Por eso querías que caminara? ¿Qué tiene de especial mi manera de andar?

Su interés demostraba que aún conservaba la curiosidad femenina. Le explicó cómo el pie de atrás adoptaba una posición casi vertical y qué descubrimientos había hecho él en su ciudad al observar como caminaban las mujeres actuales. Pero había fracasado siempre salvo la vez que creyó reconocerla entre la multitud.

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar

Pero debió ser víctima de una ofuscación porque también había encontrado semejanza entre los rasgos de aquella mujer y Gradiva.

—¡Es una lástima! —dijo ella— además del valor científico de esa comprobación no hubieras debido viajar hasta aquí. Pero ¿quién es Gradiva a la que acabas de nombrar?

—Le he puesto ese nombre a tu imagen porque no sabía ni sé todavía tu nombre real.

—Vaciló al decir estas palabras y la joven dudó antes de contestar.

—Me llamo Zoé.

—Es un bello nombre —objeta Hanold— mas a mis oídos suena como una amarga burla, pues significa "vida".

—Hay que aceptar lo irremediable y hace ya largo tiempo que me acostumbré a estar muerta. Perc ya es tarde, dame esa flor de la muerte que me has traído para que me guíe.

Se puso de pie, tendió la mano y él le dio la vara de asfódelo cuidando mucho de no rozarla. Ella la aceptó y le dijo:

—Gracias. A las mujeres que aún alientan sobre la tierra es costumbre ofrecerles rosas en primavera; para mí es más apropiado recibir de tus manos la flor del olvido. Mañana podré volver a esta misma hora. Si tú vuelves a esta casa podremos sentarnos entre las amapolas. En el umbral está grabada la palabra Ave, yo también te digo Ave.

Y desapareció, como si se la tragara la tierra, por el pórtico. Y volvió el vacío y el silencio hasta que lo quebró un sonido claro como el graznido burlesco de un pájaro que cruzara las ruinas. Norberto miraba el lugar donde había estado sentada la joven y descubrió un objeto que brillaba. Gradiva había olvidado la hoja de papiro que el día anterior tuviera sobre

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar

sus rodillas. La tomó con timidez y comprobó que era una libreta con bocetos a lápiz de algunas casas pompeyanas. En la antepenúltima página había dibujado la mesa de los grifos de la casa de Meleagro y al fondo, apenas esbozadas, se veían las columnas y las amapolas. Estaba totalmente asombrado de que una muerta dibujara con trazos modernos y se expresara en alemán. Pero todo eso le parecían minucias frente a la maravilla de su resurrección y además encontraba lógico que usara la única hora en que podía estar viva para rescatar los lugares donde había vivido hacía dos mil años. En sus dibujos se descubría su capacidad para observar como también se traslucía en sus palabras inteligencia y raciocinio. En vida debió sentarse muchas veces junto a la mesa de los grifos y por eso debía ser uno de sus más queridos recuerdos.

Con la libreta en la mano, sin darse cuenta, atravesó el pórtico y descubrió una angosta rajadura pero por la que sin embargo podía pasar un cuerpo sumamente esbelto y llegar al Vicolo del Fauno situado del otro lado de la casa. Por un momento pensó qué locura era haber creído que a Zoé Gradiva la tragaba la tierra, y no se imaginaba cómo había tenido esa idea. Era lógico que ella volviera a su tumba y ésta estaba, por supuesto, en la calle de las Tumbas. Tomó con rapidez la calle de Mercurio hacia la puerta de Hércules. Pero cuando alcanzó a ver la Strada dei Sepolcri ya estaba totalmente desierta, sólo inundada por el sol. A través de la espesa cortina de luz sólo pudo ver al final de la calle como una fugaz sombra que pasaba frente a la casa de Diomedes.

Durante toda la tarde Norberto sintió que la ciudad estaba envuelta en un velo de brumas, pero en realidad no era como otras veces cenicienta, sombría y mustia sino más bien vital, sonriente y de colores que pasaban del rojo bronce al blanco luminoso con hebras doradas.

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar

Sin embargo, ese velo no impedía que el oído siguiera oyendo y los ojos vieran. Pero tenía la sensación de que no podía cruzarla aunque solo fuera un velo de nubes. Norberto tenía el sentimiento que de modo invisible alguien le administraba cada hora un fiaschetto di Vesubio que le hacía dar vueltas la cabeza. Intentaba salvarse tomando mucha agua y haciendo largas caminatas. No tenía demasiados conocimientos de medicina pero pensaba que su estado sólo era explicable por una afluencia excesiva de sangre a la cabeza que también debía relacionarse con sus palpitaciones, porque sentía algo que hasta ese momento había desconocido: unos rápidos golpes cada tanto contra las paredes del pecho. Además no exteriorizaba sus pensamientos pero éstos eran íntimamente muy activos y había uno que lo dominaba por completo y que era estéril aunque fuera continuo. Era el de llegar a saber qué envoltura física tenía Zoé Gradiva durante la hora que permanecía en la casa de Meleagro o si sólo era la ilusión de su imagen anterior. Podía hablar, manejar un lápiz, es decir confirmaba la primera hipótesis a la que además apoyaban la física, la anatomía y la fisiología. Pero Norberto vivía poseído por la idea de que si la tocaba, si estiraba su mano hacia la de ella sólo encontraría el vacío. Un impulso lo llevaba a hacerlo y una total inhibición se lo prohibía porque para él había algo terrible en la comprobación de cualquiera de las dos opciones. La existencia de esa mano lo aterraría y su ausencia le causaría un intenso dolor. Envuelto inútilmente en este problema que no se resolvería mientras no se encontrara una salida científica llegó hasta el primer contrafuerte de la cadena de Sant' Angelo. Y ahí se encontró sin sospecharlo con un señor de barba entrecana que debía ser zoólogo o botánico por los útiles que llevaba. Miró a Norberto cuando pasó a su lado casi rozándolo, sobre la pendiente

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar

totalmente soleada en la que trabajaba, lo observó sorprendido, y le dijo:

—Se interesa usted también por los *faraglionesis*. No creí yo que pudieran encontrarse fuera de la isla de Capri, pero ahora me parece muy probable que también existan en el continente. El medio que mi colega Eimer ha inventado para cazarlas es excelente. Yo lo he empleado ya varias veces con éxito satisfactorio. Estese usted quieto un momento.

Se calló, trepó otro poco más, se estiró en el suelo con mucho cuidado y puso un fino lazo de hierbas frente a un pequeño agujero en la roca por el que se podía ver el verde brillante de una lagartija. El zoólogo permaneció inmóvil, Norberto muy silenciosamente volvió a retomar el camino. Le parecía recordar oscuramente haber visto ya alguna vez la fisonomía del cazador de lacértidos, tal vez en alguno de los hoteles. Los motivos que tenían las gentes para viajar hasta Pompeya eran infinitos y sorprendentes. Se sintió contento de haberse podido liberar pronto de ese tendedor de lazos y poder entonces volver a sus pensamientos sobre la existencia o la no existencia corporal. Para regresar se equivocó de camino y en vez de salir al oeste salió al este de las murallas. Tan envuelto en sus pensamientos como estaba recién se dio cuenta de la equivocación cuando llegó cerca de un edificio que no era ni el Diomedes ni el Hotel Suizo y que no tenía ningún cartel. Muy cerca vio las ruinas del gran anfiteatro de Pompeya y recordó que en las inmediaciones había otro hotel pero que como estaba lejos de la estación tenía pocos pasajeros y era también la razón por la que no lo conocía. Su nombre era Albergo del Sole. Hacía calor y su cabeza no había logrado despejarse con el paseo. Entró y pidió lo que él consideraba su remedio infalible: el agua mineral. En el lugar sólo había una gran cantidad de moscas y el patrón, que aprovechó para hablarle de su hotel y de las maravillas

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar

arqueológicas que había en él, verdaderas, no como otros lugares en la ciudad donde él bien sabía que vendían objetos falsos. El tenía poco pero lo que ofrecía era auténtico. Los objetos que vendía provenían de excavaciones que él mismo había presenciado. Y entonces le contó que estaba en la excavación cerca del Forum en la que se encontraron dos enamorados abrazados. Norberto ya conocía esta historia pero siempre le había resultado un poco increíble, sólo una leyenda. Se lo dijo al patrón pero éste le mostró un broche de metal patinado y le aseguró que él mismo había visto cuando lo sacaban de entre la ceniza que cubría a la joven. Cuando lo vio en manos del dueño del Albergo su ensoñación lo dominó por completo y olvidado de toda su ciencia lo compró por lo que el hombre le pidió, pagó en moneda inglesa y se fue enseguida. Al salir, en uno de los balcones vio un ramo de asfódelos y le pareció que esa flor de la muerte ratificaba su compra.

Se fue por el camino que llevaba a la Porta Marina mirando la joya, envuelto en sentimientos contradictorios. La pareja de amantes abrazados para defenderse de la muerte existía y él había visto a Gradiva cuando se recostó cerca del templo de Apolo. Pero sólo había sido un sueño y a lo mejor en realidad Gradiva se internó un poco hasta llegar junto al hombre que amaba para morir abrazada a él.

Al mirar el broche enverdecido por el tiempo tuvo la certeza de que Zoé Gradiva lo usaba debajo del cuello para sujetar su traje. Y había sido la amante, la novia o la esposa del hombre con quien muriera abrazada.

Quiso tirarlo, le ardía en las manos. O en realidad sentía que le dolía como si al querer tocar la mano de Gradiva comprobara el vacío.

Pero aún le quedaba algo de raciocinio que impedía que cayera totalmente en manos del delirio. Y además le faltaban pruebas de que el broche hubiera sido de

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar

Gradiva y de que ésta fuera la joven que encontraron abrazada. Se sintió liberado y al volver al atardecer al Diomedes después del paseo, pudo sentir deseos de alimentarse. Comió la frugal comida del Diomedes y se enteró de la llegada de dos huéspedes. Era una pareja, al parecer alemanes, jóvenes, agradables y espirituales. No se podía ver fácilmente qué vínculo los unía pero Norberto pensó que eran hermanos porque les notó un cierto parecido. Pero el muchacho era rubio y su compañera castaña. Ella llevaba en la blusa una rosa roja de Sorrento que le recordaba algo a Norberto pero no sabía qué. Era la primera pareja que veía que le resultaba agradable. Hablaban ante un *fiaschetto*, en un tono suave, de cosas serias y a veces risueñas por las sonrisas que mostraban y que daban ganas de compartir sus charlas o al menos era seguro que Norberto las hubiera sentido de conocerlos dos días antes entre el enjambre de ingleses y americanos. Pero también notaba la distancia que separaba a sus pensamientos de los de la joven pareja que, sin confusiones en sus mentes, era seguro que no estaban dominados por la idea de saber de qué sustancia era una mujer muerta en el año 79 y por lo tanto podían gozar el momento sin angustias. Al no compartir el mismo estado interior temía trabar conocimiento con ellos sobre todo porque podían descubrir sus ideas ocultas y leer en sus palabras que él no era cuerdo. Volvió a su habitación y como el día anterior se quedó mirando al Vesubio envuelto en su halo morado. Se durmió enseguida y tuvo un sueño extraño: Gradiva se hallaba sentada al sol y mientras fabricaba con un largo tallo de hierba un lazo para cazar una lagartija decía:

—Estate quieto un momento. Mi colega tiene razón. Este medio es realmente eficaz y lo ha empleado con éxito.

Aun en sueños Norberto se daba cuenta de que todo

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar

era totalmente absurdo y trataba de despertarse. Lo logró gracias al pájaro que con un grito semejante a una carcajada alzó vuelo con el lagarto en el pico. Y todo se borró.

Norberto recordó, al despertarse, que durante toda la noche le habían dicho que las rosas se ofrecen en primavera. Mejor dicho lo recordó al mirar por la ventana y ver un manojo de flores rojas. Eran iguales a la que llevaba la joven en la blusa. Apenas bajó cortó algunas rosas y aspiró su aroma. Las rosas de Sorrento tenían algo especial, desconocido e inquietante. Parecían invadir el espíritu de la gente con su perfume. Al menos le sacaron las aprensiones con respecto a los cuidadores y entró por el Ingresso, pero se las arregló para pagar una entrada doble. Con la libreta, el broche patinado y las rosas, se mezcló con los turistas. Las flores rojas solo le hacían pensar en el mediodía. Como tenía que hacer tiempo hasta su cita entró en varias casas que Gradiva tal vez había frecuentado en vida y donde a lo mejor cada tanto volvía en su apariencia actual. Ya no le parecía tan cierto que sólo podía salir al mediodía. A lo mejor podía pasearse a la mañana, o a la tarde, o tal vez a la luz de la luna. Estos pensamientos se veían confirmados por el perfume de las rosas cada vez que lo aspiraba. Y la reflexión confirmó su opinión. Estaba contento de no sujetarse a conceptos a priori sino dejar vagar en libertad sus ideas, y esta última además le parecía deseable. Pero entonces pensaba si los otros hombres podían ver a Gradiva en su envoltura actual o sólo el tenía ese privilegio. Como no pudo descartar totalmente esta hipótesis, aunque lo deseaba, se puso molesto e inquieto. Lo atormentaba que otros pudiesen sentarse al lado de la joven y hablar con ella. Sentía que ese era un derecho sólo de él que había pensado en Gradiva

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar

olvidada por todos. La había hecho convivir con él, le había dado su aliento vital y creía que sólo por él gozaba de esta vida actual. Por eso pensaba que había conquistado un derecho absolutamente personal que nadie podía compartir.

Era el día de más calor desde que llegara a Pompeya y podía añorarse, aun sin pensar en la arqueología, el acueducto de Pompeya seco desde hacía dos mil años. Las fuentes esparcidas por las stradas recordaban el lugar donde habían calmado su sed los antiguos habitantes. Como para beber debían apoyarse en el borde e inclinarse, sus manos, como la gota de agua, habían desgastado la piedra. Norberto pensaba esto en la esquina de la Strada della fortuna y se le ocurrió que también Zoé Gradiva debió poner sus manos en ese lugar. Sin pensarlo tocó la parte gastada pero enseguida se sintió molesto por haberlo pensado. Ese no era un gesto que estuviera de acuerdo con una joven pompeyana de familia importante. Hay algo degradante en la idea de que hubiera podido inclinarse para tomar agua de la fuente donde tomaba el populacho. Y además nunca había encontrado algo más fino y noble que los modales de Gradiva. Se asustó al sospechar que ella pudiese descubrir el pensamiento que se le había ocurrido. Sus ojos tenían una mirada profundameute penetrante y cuando hablaban parecían querer traspasar sus pensamientos como el filo de un acero. Por eso tenía que mantenerse muy alerta para no delatarse con ideas tontas.

Como faltaba una hora para la cita entró en la Casa del Fauno, la más importante de las casas pompeyanas desenterradas. Su atrio era el doble de grande de las otras casas, y era allí en medio del *impluvium* donde estaba el zócalo en el que se descubriera al famoso fauno danzante, nombre con el que quedó bautizada.

Y Norberto Hanold volvió a lamentar profundamente que esa obra de arte tan apreciada estuviera junto con

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar

la batalla de Alejandro en el Museo Nazionale do Nápoles. Como lo único que tenía que hacer era esperar el mediodía empezó a recorrer la casa. Detrás del peristilo había un gran espacio rodeado de columnas, el Xystos, que al igual que el oecus de la casa de Meleagro estaba cubierto de amapolas. Envuelto en sus pensamientos caminaba en medio de ese ambiente mudo y desierto.

De pronto se paró dubitativo. No estaba solo. Recién veía a dos personas que parecían una sola por lo unidas que estaban. No lo habían visto, pendientes sólo uno del otro y seguros de su soledad detrás de las columnas. Estaban abrazados y se besaban y Norberto reconoció con sorpresa a los jóvenes de la noche anterior en el hotel que le habían causado tan buena impresión. En verdad no eran un beso ni un abrazo de hermano. Por lo tanto eran una pareja de recién casados: una Greta y un Augusto.

Pero hay que señalar que en ese momento no recordó a los dos personajes y que no le parecieron ridículos sino que sintió todavía más simpatía por ellos. Como le parecía que hacían algo totalmente lógico y comprensible los siguió con la atención que nunca dispensara a ninguna obra de la antigüedad y hubiera seguido así con gusto. Pero sintió que había violado un recinto sagrado y profanado los ritos secretos de algún culto. Se asustó de que lo vieran y se volvió sin hacer ruido, en puntas de pie. Cuando ya no podían oírlo corrió hacia el Vicolo del Fauno con el corazón saltándole en el pecho.

Llegó a la casa di Meleagro al mediodía, lo supo sin consultar el reloj. Miró dubitativo el Ave del umbral. Temía entrar, temía no encontrar a Gradiva y encontrarla, porque en el primer caso podía estar con un joven en otro lugar y en el segundo podía estar con ese joven en la casa. Odiaba a este joven más que a todas las

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar

moscas juntas, con un sentimiento tan fuerte como nunca se hubiera creído capaz de sentir. Los duelos que siempre le habían parecido ridículos los sentía ahora como un derecho natural y la única posibilidad para un hombre de vengarse o de dejar una vida sin objeto. Entró. Quería provocar a ese energúmeno y decirle a esa mujer que la había creído más honesta y recatada.

Tan violento estaba que las palabras lo ahogaban. Y cuando su ímpetu lo hizo desembocar en el oecus dijo bruscamente:

—¿Estás sola? —aunque era evidente que Gradiva no tenía a nadie a su lado.

La joven lo miró extrañada y le contestó:

—¿Y quién va a quedarse al mediodía? Todos van a almorzar y me parece que es justo.

Norberto estaba en tal estado de efervescencia que no podía calmarse rápidamente y a pesar del empeño que ponía en ello seguía sospechando contra todo raciocinio. Ella lo miraba con fijeza. Luego le dijo señalándose la sien con un dedo:

—Estás...

Se calló y agregó:

—Ya es demasiado que me quede a esperarte aunque todo el lugar me guste. Me has traído la libreta que olvidé ayer. Gracias. ¿Me la darías?

Debió decirle esto porque Norberto ni se movía, clavado en su sitio. Pensaba en la tontería que había imaginado y en la que había dicho. Quiso hacerlas olvidar, le dio la libreta a Gradiva, se sentó junto a ella que le dijo:

—Parecen gustarte las rosas.

Entonces se dio cuenta porqué las había cortado y contestó:

—No para mí... ayer dijiste... y anoche, alguien ha vuelto a decir que se ofrecen en primavera...

Fue evidente que Gradiva pensó antes de decir:

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar

—¡Ya recuerdo! Te dije que se ofrecían rosas y no asfódelos. Ha sido muy gentil de tu parte. Debe haber mejorado la opinión que te merezco.

Estiró la mano para recibir las flores, él se las dio mientras le decía:

—Pensé que sólo podías venir al mediodía pero ahora creo que puedes estar aquí en otros momentos y me hace feliz.

—¿Por qué te hace feliz?

La joven parecía no comprender pero sus labios temblaban. El contestó, confuso:

—Es lindo vivir... hasta ahora no me había dado cuenta... Te pediría...

Buscó en su bolsillo y mostrándole un objeto le dijo:

—¿Antiguamente este broche no era tuyo?

Ella se acercó pero negó con la cabeza:

—No... no me acuerdo. Por lo antiguo pudiera ser ya que es de mi época. Sin duda lo encontraste en el Sol, recuerdo que ya he visto ese patinado verde.

El volvió a preguntar irreflexivamente:

—¿En qué Sol, por qué el sol?

—Se llama así, "Sol", a lo que crea estas cosas.

—¿No es el broche que dicen encontraron en la ropa de una joven que murió abrazada a su compañero, cerca del Forum...?

—Si, él la tenía abrazada...

—¡Eso es!... ¡Sí!... Sí...

Esas palabras debían ser favorables porque Gradiva se calló un momento antes de continuar:

—Por eso has pensado que era máo... y eso... como dijiste... ¿te puso de mal humor?

Era evidente el alivio que sentía Norberto y fue notorio cuando dijo:

—Estoy tan contento... La idea de que este broche fuera tuyo me produjo una especie... de mareo... de aturdimiento...

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar

—Me parece que estás muy predipuesto a esas confusiones. A lo mejor no desayunaste. Eso favorece ese estado de ánimo. A mí no me ocurre pero siempre traigo algo porque me gusta quedarme en las ruinas al mediodía. Si quieres sentirte mejor podríamos compartir lo que tengo.

Del bolsillo sacó un panecillo envuelto en papel, lo partió en dos y empezó a comerse su mitad con verdadero apetito. Sus dientes no sólo lucían su blancura entre sus labios sino que crujían al morder el pan como si en realidad tuvieran consistencia. Además estaba en lo cierto sobre eso de olvidarse de desayunar. El comía antomáticamente y sus pensamientos se aclaraban con rapidez. Estuvieron en silencio mientras comían. Hasta que Gradiva dijo:

—Me parece como si ya otra vez, hace dos mil años, hubiéramos partido de este modo el alimento. ¿No te acuerdas?

Norberto no se acordaba pero le asombró esa referencia al pasado porque su mente reforzada por el alimento cambiaba sus ideas. La idea de que la joven hubiese vivido en Pompeya en el año 79 ya no le parecía cuerda. Todo le hacía pensar que a lo sumo tenía veinte años. Ese rostro y ese cabello tan encantador, los dientes blanquísimos, el traje tan pulcro no podían haber estado cubiertos de ceniza durante dos mil años. Norberto empezó a creer que no estaba despierto sino en su cuarto de trabajo dormido mientras contemplaba la imagen de la Gradiva. Habían sido sólo sueños el viaje, el encuentro con la joven y esto era la continuación del sueño por eso creía estar sentado con ella en la casa di Meleagro. Porque sólo en sueños podía estar viva o resucitada. Las leyes naturales no permitían tal cosa.

Pero era muy extraña esa referencia al haber compartido el alimento. Como él no lo sabía no podía haberlo soñado.

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar

También el oecus de la casa di Meleagro estaba dominado por las moscas. Norberto ya había visto algunas con su estúpida costumbre de ir de un lado a otro y ahora una zumbaba a su alrededor.

Debía contestar la pregunta, decir que no se acordaba de aquella comida compartida, pero involuntariamente dijo:

—¿También las moscas te atormentaban y agobiaban entonces como ahora?

Ella lo miró muy extrañada:

—¿Las moscas?... ¿No tendrás alguna en la cabeza?

Mientras decía esto uno de los monstruos negros se había posado en su mano y ella no hacía nada para apartarlo. El joven, impulsado por dos deseos, levantó la mano y la dejó caer sin ninguna delicadeza sobre la mosca y la mano de la joven a la vez.

Apenas la golpeó se sintió turbado pero a la vez con un miedo que le daba alegría. Su mano no había caído ni en el vacío ni sobre una mano muerta y estática, sino sobre la calidez de una mano viva que además se había sentido a gusto debajo de la suya. Después, ella retiró su mano y le dijo:

—Estás loco, Norberto Hanold.

Y la seguridad con que Gradiva dijo ese nombre que nadie podía conocer en Pompeya porque nunca lo había dicho, la absoluta certeza con que lo pronunciaron esos labios lo hizo levantarse horrorizado. En esos momentos se acercaron dos personas que Norberto reconoció: era la pareja de la casa del Fauno que le había resultado agradable. La joven dijo muy sorprendida:

—Zoé, tú también por aquí y también en viaje de novios. Cómo no me lo has escrito

Y sin saber cómo había llegado Norberto se encontró en la calle de Mercurio, frente a la casa. Una mínima

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar

ráfaga de raciocinio debe haberle indicado que debía salir si no quería aparecer en una situación muy ridícula frente a los recién llegados y sobre todo frente a la que habían llamado por su nombre, como amigos. Mucho de lo que ocurría no había entendido, pero algo le parecía innegable. La mano de Gradiva, viva, humana y cálida le había demostrado que durante esos dos días él había vivido en total estado de locura y no en sueños sino con todos sus sentidos despiertos. Y además no entendía para nada cómo podía haber sucedido. Lo máximo que lograba pensar era que con todo eso tenía que ver un sexto sentido que hacía tomar las cosas bellas por su contrario. Para aprovechar estos nuevos pensamientos le convenía un lugar al resguardo de cualquier órgano de los sentidos que cumplen su función de ver y oír.

Y la dueña de la mano que estaba viva y tenía una gran calidez tampoco había recibido con alegría la irrupción de sus amigos, tan inesperada además, pensando que era la hora del mediodía. Pero se repuso en seguida y se dirigió a la joven que había llegado mientras le tendía la mano.

—Es una suerte, Gisa. A veces la casualidad es agradable. ¿Así que este señor es tu marido desde hace quince días? Mucho gusto y por suerte con solo mirarlos veo que puedo felicitarlos y no presentarles mis condolencias, porque algunas de las parejas que hay en Pompeya no son para felicitar precisamente. Con seguridad se alojan cerca del Ingresso, luego pasaré a verlos. No te enojes porque no te he escrito porque mira, mi mano no lleva anillo como la tuya. El clima aquí favorece la imaginación, ya ves lo que te ha pasado. Pero eso es mejor que si te entibiara. El joven que se alejó al aparecer ustedes tiene un poco trastornada la cabeza, como si dentro de ella le anduviera zumbando una mosca. Bien, es verdad que muy pocos son los que pueden alabarse de no tener algún insectillo perturbador que embrolla sus ideas. Afor-

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar

tunadamente yo entiendo algo de entomología y puedo ser de alguna utilidad en estos casos. Mi padre y yo vivimos en el "Albergo del Sole", pero venimos a Pompeya todos los días. El se dedica a sus investigaciones y yo le he prometido no distraerlo de ellas y entretenerme por mi cuenta, pues suponía que siempre lograría desenterrar algo interesante de entre estas cenizas. Pero nunca supuse que encontraría lo que he encontrado... esto es, a mi buena amiga Griselda. Y yo aquí charlando como se hace con una vieja amiga, aunque tan viejas no somos todavía y mi padre esperando a las dos de la tarde, cuando deja el sol por el Sole. Debo abandonarte por él. No necesitan mi compañía para admirar la casa di Meleagro, o al menos eso supongo. Prego signor! A rivederci Gisetta! Sé un poco de italiano y es suficiente, el resto se inventa. No... le ruego que no, senza complimenti.

Estas palabras se dirigían al marido de su amiga que parecía querer acompañarla por cortesía. Había hablado cálidamente, sin turbarse, como correspondía a un encuentro con una amiga íntima. Pero habló muy rápido lo que probaba que en realidad no podía quedarse más. Así logró salir a la calle de Mercurio sólo pocos minutos después de la huida de Norberto. Como correspondía a la hora, en la calle sólo había algún lagarto perdido. En la puerta pensó un momento y después fue hacia la puerta de Hércules por el camino más corto, es decir a través de la strada di Sallustio con su extraño paso de "Gradiva". Ensegnida estuvo en la Porta Ercolanese, de allí salía la calle de las Tumbas que ahora sólo presentaba a los ardientes rayos del sol una soledad brillante, la misma que el día antes a esa hora había presenciado Norberto Hanold. El sol estaba semioculto por unos nubarrones grises como si ya tuviera suficiente con los que había lucido por la mañana, y ennegrecía aun más las siluetas de los cipreses de la strada dei Sepolcri. No tenía nada que ver con el cuadro de veinticuatro horas

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar

antes. La luz que hacía lucir los colores había desaparecido y las ruinas de la calle respondían con tétrica precisión a su nombre. Y esta impresión la acentuaba una sombra que se movía al final de la calle y que parecía buscar su sepultura para desaparecer en ella. Ese no era el camino para ir al Albergo sino la dirección opuesta pero Zoé-Gradiva seguramente pensó que había tiempo para el almuerzo porque tomó la calle de las Tumbas levantando casi verticalmente la planta del pie sobre la lava del suelo.

En el extremo de la calle, donde había visto la sombra, estaba la Villa de Diomedes llamada así por la imaginación contemporánea porque un tal Libertus Marcus Arrius Diomedes cuando fue jefe de distrito que se encontraba en ese lugar, hizo construir una tumba para su antigua ama y luego otra para él y sus hijos. La villa testimoniaba como ninguna otra todo el horror de la catástrofe. A un salón principal repleto de ruinas seguía un inmenso jardín rodeado todavía por un pórtico de pilares. En el centro había vestigios de una fuente y un templete. Dos escaleras llevaban a un subterráneo abovedado que circundaba el jardín y que sólo recibía una luz apagada. Allí se habían descubierto dieciocho esqueletos de mujeres y niños que, con algunas provisiones, se habían refugiado en el subterráneo que sólo les sirvió de tumba. En otro lugar encontraron al dueño de casa muerto por asfixia. En la mano aún tenía la llave de la puerta del jardín por la que pensó escapar. Al lado de él apareció otro esqueleto con una gran cantidad de monedas de oro y plata, con seguridad un criado. Los envolvía ceniza petrificada que los convertía en verdaderas estatuas. En el Museo Nazionale de Nápoles se puede ver uno de estos moldes que muestra el torso de una joven en ropas livianas.

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar

Nadie podía dejar de ir a la Villa de Diomedes pero a esa hora y estando tan alejada con seguridad estaba desierta, por eso Norberto se dirigió hacia ella para refugiarse a pensar. Sus pensamientos exigían el aislamiento de una tumba donde no lo perturbase ni una brisa, pero una gran ansiedad rebelaba al sistema arterial de Norberto contra ese deseo. Debió conciliar las dos fuerzas: su espíritu hallaría la paz y sus piernas podrían ir y venir. Por eso se paseaba alrededor del pórtico mientras trataba de reflexionar. Pero le resultaba sumamente difícil. Se hallaba en franco avance hacia la razón porque pensaba que era un delirio haber creído que se sentaba al lado de una joven pompeyana resucitada y hablaba con ella. Pero aún no había llegado a la normalidad porque si bien Gradiva sólo existía en piedra, al mismo tiempo, la joven que hablara con él estaba perfectamente viva. Y la prueba era que no solo él la veía sino otros también y le hablaban como si fuera igual a ellos. Pero ella sabía su nombre y sólo podía saberlo por un poder sobrenatural. A pesar de que la razón avanzaba en su cerebro esta dualidad le seguía resultando inexplicable. Y esta dualidad insuperable también se manifestaba en él, porque si por un lado quería ser uno de los cadáveres pompeyanos para no cruzarse nunca más con la joven, por otro se alegraba infinitamente de que estuviese viva y que, por lo tanto, pudieran volver a encontrarse. Aunque la imagen sea demasiado común, esto giraba en su cabeza como las aspas de un molino y como él mismo alrededor del pórtico. Pero sentía que en vez de entender cada vez más, la confusión iba ganando terreno.

Y entonces, al doblar una de las esquinas, se detuvo de pronto. Frente a él, pero en lo alto, sentada en un paño de la muralla, vio a una joven, tal vez una de esas jóvenes que muriera ahí mismo en el subterráneo de la Villa de Diomedes.

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar

Su mente rechazaba ese nuevo delirio. Sus ojos y eso algo inefable que había en él la reconocieron: era Gradiva, sentada ahí como en las otras gradas pero como éstas estaban altas mostraba sus tobillos, los pies que colgaban y esos delicados zapatos color arena que tanto le habían llamado la atención.

Lo primero que quiso hacer Norberto fue esconderse en el jardín. Lo que más terror le producía en el mundo acababa de suceder: lo volvían a mirar esos ojos claros y esos labios estaban a punto de reírse irónicamente. Pero en vez de todo eso sólo oyó una voz serena que le decía:

—Si te quedas ahí, te vas a mojar. Y recién entonces notó que llovía y que a eso se debía la oscuridad. Tal vez favoreciera la vegetación de Pompeya pero para un hombre no podía significar mucho y en ese momento a Norberto le horrorizaba hacer el ridículo.

Por eso, a su pesar, se quedó en el mismo lugar mirando los pies de Gradiva que se balanceaban un poco impacientes. Como con esa actitud sola no decía todo lo que quería expresar, la joven continuó:

—Nos interrumpieron... y en ese momento me decías algo sobre las moscas... no se si era algo así como que tenías una mosca en la cabeza... ¿Lograste matarla en mi mano? —y sonrió pero sin aire de enojo, tan suavemente que le dio a Norberto la posibilidad de hablar, pero sin saber a quién dirigirse. Pensó que lo mejor era no nombrarla de ninguna manera y le explicó:

—Me hallaba, confieso, un poco trastornado, como vulgarmente se dice y ruego me perdone el haber golpeado su mano...; no se cómo pude aturdirme hasta tal punto... pero lo que no llego a comprender es cómo la graciosa propietaria de aquella mano pudo luego, al reconvenirme, llamarme por mi nombre.

Los pies de Gradiva se quedaron inmóviles y usando la segunda persona del singular le contestó:

[1]

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar

—Veo que sigue habiendo algo que tu entendimiento no logra penetrar. Pero no me maravilla pues me tienes acostumbrada a esa ceguedad. Para comprobarla una vez más hubiera podido ahorrarme el venir hasta Pompeya y tú hubieras podido confirmármela mil leguas más cerca.

—¿A mil leguas de aquí? —tartamudeó el joven— ¿Dónde?

—Si, mil leguas más cerca —añadió dando por fin una explicación al atónito Hanold— en la casa en la que, casi en la esquina de la tuya, se abre la ventana de mi cuarto y en ella cuelga una jaula con un canario.

Esta última palabra evocó en Norberto un vago recuerdo que le hizo repetir:

—Un canario... y su tartamudeo se hizo más notorio. Un canario... ¿qué canta?

—Tienen esa costumbre en primavera. En esa casa habita mi padre el profesor de zoología Ricardo Bertgang.

—Entonces... entonces es usted la señorita Zoé Bertgang, pero aquélla tenía un aspecto muy distinto.

Zoé Bertgang volvió a mover los pies, nerviosamente, mientras le contestaba:

—Si te parece más correcto tratarnos de usted, lo acepto, pero me resulta más fácil tutearte. No sé si en la época en que compartíamos nuestros juegos me veías distinta. Pero si en estos años pasados me hubieras mirado te darías cuenta de que soy así desde hace mucho. Cómo llueve a baldes, como se dice, y usted está empapado.

Ya no sólo sus pies manifestaban su molestia sino que en la voz se traslucía un asomo de fastidio. Y Norberto estaba seguro de que lo iban a retar como un chico. Por eso había renacido su deseo de desaparecer y a un movimiento que hizo en ese sentido se debió la frase de la señorita Bertgang. Y en verdad llovía a baldes, una cortina espesa de agua caía sobre el campo napolitano

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar

poco acostumbrado a tales lluvias. El mar Tirreno parecía volcarse sobre la Villa de Diomedes y a Norberto Hanold se le hacía imposible huir. Enclaustrado como un alumno con una delicada maestra, debía forzosamente seguir oyendo la lección que estaba dispuesta a darle:

—Desde la edad del pavo, aunque no se porqué se nos llama así, me sentía inclinada hacia usted. No tengo ni madre ni hermanos y a mi padre le interesan más los bichos conservados en alcohol que yo. Pero todos tenemos necesidad de pensar en algo y ese algo para mí era usted. Pero cuando te atrapó la arqueología en sus misterios descubrí que parecías (disculpe pero el usted me parece muy tonto para lo que quiero expresar) es decir, me pareció, que te habías convertido en un ser intolerable que no veía ni oía nada y que había olvidado todos nuestros recuerdos de infancia que yo tenía tan claros. Por eso te extraña mi aspecto porque las veces que me has visto, por ejemplo el último invierno, ni me hablabas ni me veías, me tratabas igual que a todos los demás, como a extraños. Y a pesar de que conservabas el jopo rubio que tantas veces te había tironeado, me parecías un ser sin vida ni gracia, casi un arqueoptérido, que es el nombre de un fósil antidiluviano recién descubierto. Pero nunca pensé que tu cabeza llegara a maquinar algo como esto de tomarme en Pompeya por un ser resucitado y cuando apareciste me costó muchísimo penetrar en tu enmarañada imaginación y ver qué habías construido con ella. Después, aunque recordaba bastante a las enfermedades mentales, me pareció divertido. Pero, en verdad, no esperaba tanto de ti.

Al terminar de hablar Zoé había dulcificado su expresión. Durante todo el sermón, claro y preciso, su expresión era idéntica a la de la Gradiva y su aspecto físico también parecía un calco de la joven pompeyana, con su manto color claro con gran profusión de pliegues.

Sólo un loco pudo ver en alguien que hablaba, dibu-

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar

jaba, comía pan, a una resucitada muerta hacía dos mil años; pero si una creencia trae felicidad, ciertos detalles se pasan por alto. Aunque había algunos atenuantes para la extraña conducta de Norberto Hanold.

El pórtico lo resguardaba un poco pero lo mismo parecía que le había caído encima un diluvio, y el agua bien fría le había hecho bien. Ya no sentía ese ahogo que lo oprimía, respiraba con tranquilidad. A lo mejor contribuyó a su bienestar el tono con que terminó el sermón la predicadora —y en realidad estaba sentada en lo alto, como en el púlpito— ya que había sentido en él ese milagro de la fe que experimentan los devotos cuando ven ante sí un camino de felicidad. Ya no lo retaban. y entonces Norberto dijo:

—Sí; ahora sé quien eres... y no has cambiado, Zoé... mi querida y sensata amiga. ¡Qué extraño!

—Que alguien tenga que morir para llegar a estar viva —opinó la muchacha— pero eso es cosa exigida por tu actividad arqueológica.

—No, no es eso —replica Hanold— me refiero a tu nombre. Bertgang significa exactamente lo mismo que Gradiva, esto es "la que esplende al avanzar".

Y demostró que no sólo sabía lenguas clásicas sino también raíces germanas.

En realidad, las disquisiciones linguísticas no le interesaban en absoluto a la que "Resplandecía al caminar", y la inmovilidad de sus pies, así lo demostraba. Además la expresión de su rostro indicaba que deseaba una culminación rápida. Pero Norberto Hanold seguía con sus observaciones:

—Pero qué suerte que al no ser Gradiva estés viva y seas una joven como aquélla, tan simpática.

—¿De quién hablas? —dijo Zoé con total asombro.

—De la que encontraste en la Casa di Meleagro.

—¿La conoces?

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar

—La había visto y es la primera joven en toda Italia que realmente me agradó.

—¿Y dónde la viste?

—Hoy a la mañana en la Casa del Fauno. Los dos hacían algo extraordinario.

—¿Qué hacían que fuera tan extraordinario?

—Creyeron estar solos y se besaron.

—Me parece bastante natural, están en Pompeya en viaje de bodas.

Y el escenario cambió ante los ojos de Norberto porque Zoé se había bajado de su púlpito improvisado. Pero antes de que pudiera mirar su vuelo ya estaba de pie y seguía conversando:

—No llueve. No hay mal que dure cien años. Ahora todo ha vuelto a ser razonable e incluso tú mismo puedes ir en busca de Gisa Hartleben o como se llame ahora de casada y auxiliarla con tus conocimientos científicos durante su estada en Pompeya. Yo tengo que ir al Albergo del Sole donde papá me espera. Adiós y hasta que nos veamos en alguna reunión en Alemania o en la luna.

Zoé Bertgang hablaba con ese tono distinguido pero absolutamente impersonal de las muchachas de sociedad y ya se iba a ir con su paso de Gradiva, con el vestido recogido por el suelo mojado, y Norberto, que la miraba, descubrió entonces el ínfimo detalle que la diferenciaba de la joven del bajorrelieve. Zoé tenía un hoyuelo en la mejilla, acentuado por su expresión entre risueña y desafiante. Y aunque parecía curado volvió a sufrir otra alucinación porque al mirar el hoyuelo exclamó:

—¡La mosca!

—¿Dónde? —preguntó Zoé en el colmo del asombro.

—En tu mejilla — y al decir esto Norberto abrazó a la joven tratando de atrapar con la boca al odiado insecto y al no lograrlo le dijo: No, la tienes sobre la boca.

Y con rapidez trató de atraparla pero se demoró tanto

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar

que era seguro que el insecto no podría escapar. A Gradiva viva no le molestaba en absoluto y cuando se vio obligada a respirar no le dijo: Estás loco Norberto Hanold, sino que, con una tierna sonrisa en su boca mucho más enrojecida que antes, le hizo sentir que ahora sí lo consideraba totalmente curado.

Esa Villa hacía dos mil años había sido el escenario de un cuadro de horror pero ahora durante mucho tiempo sólo presenció cosas por demás agradables. Pero la racional Zoé Bertgang reaccionó aun contra sus verdaderos deseos:

—Tengo que irme, mi padre debe estar muerto de hambre. Por hoy podrías cambiar la compañía de Gisa Hartleben por el Albergo del Sole porque ya mi amiga no tiene nada que enseñarte.

De esto era fácil deducir todo lo ocurrido durante la última hora, las provechosas lecciones que había recibido Norberto Hanold y quién había sido su maestra.

—Pero... tu padre... ¿qué va a decir? —titubeó.

—Mi padre no hará ni dirá nada probablemente. No soy ningún ejemplar indispensable en su colección zoológica; si lo fuera, quizá mi corazón no se hubiera unido al tuyo imprudentemente. Hace ya mucho que creo que una mujer vale porque libera al hombre de problemas domésticos y no debes preocuparte por el futuro; como le evito a mi padre esos problemas te los evitaré a ti. Pero si llegara a tener otra opinión, basta con que vayas a Capri y captures con un lazo de hierbas una Lacerta Faraglionensis (puedes ensayar con mi dedo meñique) y luego la sueltes aquí y la vuelvas a atrapar delante de él. Le harás elegir entre el bicho y yo y por supuesto, lo lamento por ti, elegirá el lagarto. Aunque algo le debo a su colega Eimer, sin su invento nunca hubiera venido a la casa de Meleagro y hubiera sido una pena tanto para ti como para mí.

Nadie más que Norberto la oyó decir esto pero po-

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar

demos suponer que al igual que el resto de su persona su voz había sido encantadora y vivaz.

Pero lo seguro es que impresionaron tanto a Norberto que lo llevó a decirle:

—Zoé, la vida amada y la presencia agradable, ¿vendremos a Pompeya en viaje de bodas?

Y una vez más se probaba que el hombre cambia según las circunstancias y su memoria también, porque ni sospechó que a ellos también podían bautizarlos como una Greta y un Augusto. Ni pensaron eso como tampoco pensaron que iban de la mano por la calle de las Tumbas de las ruinas pompeyanas, que en ese momento, con un cielo azul y límpido y una capa dorada que el sol prestaba a la lava, el Vesubio con su penacho y esas cenizas que parecían diamantes después de la lluvia no correspondía a su nombre. Tanto como esas piedras mojadas brillaban los ojos de la hija del zoólogo, pero lo mismo contestó al amigo de la infancia desenterrado de entre las cenizas que lo sepultaban:

—Hay tiempo para eso, ya lo pensaremos. Yo no me siento del todo viva como para decidir sobre viajes.

Y en esto no valoraba toda su capacidad para juzgar rápido las situaciones nuevas. Llegaron a la Puerta de Hércules donde nace la Strada Consolare, con losas a ambos lados de la calle. Norberto Hanold se detuvo y con un tono muy especial de voz pidió:

—Pasa primero, te lo ruego.

La joven sonrió ampliamente y alzando un poco su vestido con la mano izquierda, la Gradiva Rediviva —Zoé Bertgang— seguida por la mirada soñadora de su enamorado cruzó la calle con aquel su dulce paso sereno bajo la vibrante luz del claro sol meridional.

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar

INDICE

Germán Leopoldo García

SABER DE LA GRADIVA EN FREUD. 5

Wilhelm Jensen

GRADIVA. 43

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar

Esta edición de 2.000 ejemplares se terminó de imprimir el día 24 de julio de 1974, en los Talleres Gráficos LUMEN S. A., Pringles 1251 - Buenos Aires.

Archivo Virtual - Germán García
www.descartes.org.ar